

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

UN SUCIO ASUNTO

Albert Rosbund



Se acercó al tocador y se miró en el espejo. Era rubia, llenita, de ojos claros y facciones que en otro tiempo debieron ser bellas, pero que ahora, con el paso de los años, dejaban algo que desear. Se aproximaba peligrosamente al medio siglo de existencia y eso la horrorizaba. Se pasó el cepillo por el cabello, se limpió el rostro, empolvándose después, y se aplicó unas gotitas de colonia. Tomó el batín de seda de la percha y se lo puso.



Albert Rosbund

Un sucio asunto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1488

ePub r1.1

Lds 09.01.19



Título original: *Un sucio asunto*

Albert Rosbund, 1979

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



«Para mis tías de München, con cariño».

CAPÍTULO PRIMERO

El joven dejó de besar a la mujer que yacía bajo él cuando alguien llamó a la puerta. La hembra no se movió, chillando malhumorada:

—¿Qué ocurre?

—Señora, perdone, pero un hombre llamado Franz Bauer la espera en el salón...

—¡Oh, qué inoportuno...! —musitó.

—¿Quiere que la excuse, señora?

—¡No, no...! ¡Ahora voy!

—Muy bien, señora.

—Dale algo de beber, entretanto.

—Sí, señora.

La mujer dio un cachete en las nalgas al joven y éste entendió que debía retirarse.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó él, haciéndose a un lado.

Ella encogió las piernas y giró hacia su derecha. Saltó del lecho.

—Eso no te importa, pequeño —sonrió.

Se acercó al tocador y se miró en el espejo. Era rubia, llenita, de ojos claros y facciones que en otro tiempo debieron ser bellas, pero que ahora, con el paso de los años, dejaban algo que desear. Se aproximaba peligrosamente al medio siglo de existencia y eso la horrorizaba. Se pasó el cepillo por el cabello, se limpió el rostro, empolvándose después, y se aplicó unas gotitas de colonia. Tomó el batín de seda de la percha y se lo puso.

—Ve recargando, pequeño —le dijo al joven al salir, sin siquiera mirarlo.

El «pequeño», desde luego, podía ser muy bien su hijo. Respondía al nombre de Dieter y contaría, a lo sumo, veinticinco años de edad, de buena estatura, cuerpo musculado, pelo castaño y

rostro pícaro y simpático.

Pero no se dedicó a descansar ni a recargar.

Nada más verla desaparecer tras la puerta, botó de la cama. Aguardó unos segundos y luego abrió con sumo cuidado la puerta, oteando al exterior. Ella y su visitante estarían en el salón principal, charlando tranquilamente; el único peligro, pues, era la pizpireta: doncella. Caminó de puntillas por el corredor. Y sin ningún contratiempo llegó a la biblioteca, que era contigua al salón. Si aparecía la doncella, le haría un numerito de sátiro para que no sospechara la verdad. Entretanto, pegó la oreja a la pared.

* * *

Jutta Lehmann, la dueña de la casa, miró admirativamente al hombre que tenía ante sí. Alto, atlético, treinta años, rostro duro, como de facciones cinceladas en granito, barba fuerte y azulada, y ojos grises, que miraban de una forma acerada y profunda. Ése era Franz Bauer, detective privado.

—Encantado de conocerle, señor Bauer —estrechó su diestra la mujer.

—Igualmente, señora Lehmann.

—Pensaba que no vendría esta noche —trató de justificar su estado exterior—. Como cuando hablamos por teléfono esta mañana me dijo que hoy estaba muy ocupado...

—Acabé antes de lo que pensaba. Aunque tal vez usted considere que éstas no son horas de visita...

—No, no. Me alegra que haya venido. Cuanto antes comience este asunto, mejor. Tome asiento, por favor.

Franz Bauer retornó a la butaca que antes ocupaba.

—¿Quiere otro trago? —le ofreció ella, observando que la copa que descansaba sobre la mesa ratona estaba vacía.

—No, gracias.

Entonces ella se sentó también. Lo hizo frente a él, sin dejar de mirarle con cierto deleite.

—¿De qué se trata el asunto, señora Lehmann?

—Quiero que encuentre a un joven.

—Ya.

El detective sacó un bloc y un bolígrafo.

—¿Cuáles son los datos, por favor?

—Se llama Helmut Nix. Vive en el edificio de apartamentos Maguncia, de la Winzerstrasse. Tiene veinticuatro años, mediana estatura, robusto, rubio, ojos verdes... Ninguna otra característica especial.

—Muy bien —dejó de escribir el detective—. Ahora quiero saber lo que ocurre con ese joven.

—¿Es preciso? Creí que eso ya...

—Por favor, señora Lehmann. Necesito saber en qué clase de asuntos me meto. Si no, no acepto el trabajo...

—De acuerdo. Resulta que yo... en fin, tuve relaciones con ese joven, ¿entiende?

Franz Bauer soltó un gruñido.

—Bueno, el resultado es que hace dos días se largó de aquí llevándose una sortija mía valorada en tres mil marcos.

—Robo, ¿eh?

—Sí.

—¿No ha avisado a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—No quiero escándalos. Ocupo una buena posición social, él es un joven, yo ya tengo mis años... comprenda la situación...

Franz Bauer volvió a gruñir.

—Quiero resolver el asunto privadamente —agregó ella.

—Entonces, usted espera que encuentre al joven y recupere la sortija, ¿verdad?

—Exactamente, que lo halle y lo traiga aquí. Yo me entenderé con él. No hace falta que usted se inmiscuya en lo de la sortija. Yo lo arreglaré con él, cara a cara. Usted límitese a traerlo aquí, nada más.

—Bien. Pero supongo que usted, por su cuenta, ya habrá intentado localizarlo.

—Sí.

—Sabe su dirección.

—Y también su teléfono. Le he estado llamando constantemente durante estos dos días, a todas horas, y nadie ha contestado.

—Ajá.

—Eso es lo que me tiene más extrañada.

—Pero no se ha presentado en su apartamento.

—¡Por supuesto que no! Si me vieran... ¡No, no! Eso lo puede hacer usted.

—Lo haré por la mañana.

—Confío en una total discreción por su parte.

—Practico el secreto de profesión, señora Lehmann, no tiene por qué preocuparse. Nunca hablo de mis clientes, ni siquiera con la policía.

—Eso espero, señor Bauer. ¿Cuáles son sus honorarios?

—Acostumbro a cobrar doscientos marcos como adelanto. Al final del trabajo le presentaré la cuenta total de mis honorarios y gastos, y de ella descontaremos el adelanto. ¿Conforme?

Ella, como respuesta, se puso en pie y se acercó a un pequeño y disimulado *bureau*. Abrió un cajón, sacó un talonario y una estilográfica. Poco después le entregaba al detective un cheque por valor de doscientos marcos.

—Le ruego la mayor prontitud en el caso.

El asintió, guardando en su gabardina el bloc y el bolígrafo, y el cheque en su cartera.

—Y una plena dedicación, si ello es posible.

De nuevo asintió.

—Yo misma le acompañaré hasta la puerta.

Franz Bauer se encontró al rato en la Uferstrasse, cara al río Rhein. A su izquierda quedaba la ruina de la Stumpfer Turn y enfrente, al otro lado del río, se adivinaba la mole de la Abgeordnetenhochhaus^[1]. La noche no era muy oscura, pero sí fresca. Se subió el cuello de la gabardina y echó a andar hacia su coche, aparcado cerca del cruce con la Rheinallee. Por el camino se dijo que por fin había salido de la monotonía de los asuntos de infidelidad conyugal, de las esposas y esposos adúlteros. Alcanzó su «Opel Kadett» y se introdujo en él.

No se dio cuenta que desde la acera de enfrente, en el interior de un coche azul oscuro, un «Volkswagen» modelo escarabajo, un hombre de unos cuarenta años, en cuyo rostro lo más significativo era una fea cicatriz que le marcaba la mejilla izquierda, le había seguido los pasos con la mirada, un tanto preocupado. Al fin se decidió darle al encendido de su coche y mantuvo el motor al ralentí hasta moverse el coche del detective Bauer. Entonces fue tras él.

CAPÍTULO II

Se levantó tarde aquella mañana y había su razón. Llevaba una larga semana saltando de cama en cama a las seis de la mañana, cuando todavía era de noche, para seguir los pasos de determinado señor del que no se fiaba su distinguida señora. Luego todo habían sido figuraciones de una mujer menopáusica.

A las doce del mediodía llegó al edificio de Maguncia de la Winzerstrasse, en el barrio de Dottendorf, muy cerca de la Universitätskliniken. Era un edificio que ocupaban en su mayor parte enfermeras, estudiantes de Medicina y técnicos sanitarios.

El portero, uniformado con el traje tan gris como su persona, no tuvo inconveniente en dejarle pasar, una vez le dijo el detective adónde iba...

—Al muchacho hace tiempo que no le veo —le comentó el hombre sin que le preguntara. Posiblemente estaba aburrido y deseaba hablar con alguien—. Creo que no está arriba, pero no le cuesta nada subir y llamar. Tal vez no le haya visto. Como a veces entran tantos estudiantes juntos...

Franz Bauer le dio las gracias y subió en el ascensor. Poco después apretaba el botón de la puerta 16. Transcurrió un largo minuto y no hubo respuesta.

Miró a derecha e izquierda, no vio a nadie, y entonces sacó su ganzúa. Consideraba oportuno echarle un vistazo al apartamento. Manipuló hábilmente en la cerradura y pronto estuvo en el interior.

Había luz suficiente, que se filtraba por los amplios ventanales que daban al verde del parque anterior a la Universitätskliniken. A lo lejos se veían los distintos pabellones y clínicas de ésta.

El apartamento era minúsculo, con lo preciso, y a Franz Bauer no le resultó difícil registrarlo en un santiamén. No halló nada que

llamara su atención en especial. Pero sí sacó alguna conclusión. El apartamento tenía una ligera capa de polvo, prueba inequívoca de que no se había limpiado en algunas fechas. ¿Por qué? ¿Por dejadez o porque el inquilino había estado ausente? Era más probable la segunda respuesta, teniendo en cuenta las palabras del portero y también las de su cliente. Por otro lado, todo parecía estar en su sitio (ropas, útiles de aseo, alimentos en la pequeña nevera...) y nada hacía sospechar que Helmut Nix se hubiera largado de allí definitivamente. No había signos de violencia que hablaran de un posible rapto. Ni encontró sortija alguna que pudiera valer tres mil marcos.

Quando dio por finalizado el registro, bajó a la portería y se encaró al hombre.

—¿Estaba? —le preguntó.

—No.

—¡Pues sí que ha tardado usted!

—Esperé por si acaso estaba durmiendo, o en el lavabo, ya sabe...

—Ajá.

—¿Qué sabe de ese muchacho, amigo? —Sacó una moneda de cinco marcos con la que empezó a jugar en la mano—. ¿No tiene alguna idea acerca de dónde puedo hallarle?

—No sé.

—Piense.

—Tal vez... —Se detuvo mirándole fijamente.

—¿Qué? —le preguntó, depositando la moneda sobre el mostrador.

—Tal vez sepan algo en una cervecería cercana. Yo le he visto allí en algunas ocasiones. A lo mejor alguien sabe algo de él.

—Probaré. ¿De qué cervecería se trata?

Se encontraba en la misma calle, haciendo esquina con la Quirinstrasse. Era un reducto rústico, con poca clientela y olor a rancio más que a cerveza.

El hombre que atendía a la barra era un tipo obeso, rubicundo, con unas gruesas bolsas bajo los ojos. Franz Bauer le pidió una jarra de cerveza.

—¿Conoce a un joven llamado Helmut Nix? —le preguntó mientras le servía.

—Suele venir por aquí.

El detective ya le había echado una mirada a la escasa clientela, observando que entre ella no se encontraba ningún muchacho que respondiera a la descripción facilitada por su cliente.

—¿Desde cuándo no lo ve?

El barman depositó la jarra sobre el mostrador.

—¿A qué viene tanta pregunta?

—Porque busco a Helmut Nix.

—¿Policía?

—No.

—Yo no quiero problemas aquí. El dueño no...

—Nadie busca problemas, amigo —le cortó el detective—. Simplemente me gustaría encontrar a Helmut Nix. Me dijeron que frecuentaba esta cafetería.

—Ya.

—¿Viene por aquí con frecuencia?

—Bastante, sí. Pero últimamente no lo he visto. Al menos desde hace un par de días...

—¿No sabe por dónde puede andar?

—Ni idea. No es amigo mío, sino un cliente más.

—Comprendo. ¿Conoce a algún amigo de Helmut?

—Amigo, amigo, no lo sé. Conocido, sí.

—¿Quién?

—Se llama Marius. Es un joven como él. No tardará mucho en aparecer por aquí. En cuanto termina su trabajo, se deja caer a tomar unas cervezas.

—Le esperaré.

—Está bien.

El hombre se desentendió de él. Franz Bauer tomó la jarra de cerveza y en ese instante entró en el local un joven de aspecto desastrado, con una ridícula gorrita de visera cubriendo buena parte de sus rebeldes cabellos. Andaba como si pisara huevos.

—Ha tenido suerte —comentó el que atendía la barra—. Ahí está el chico. ¡Eh, Marius! —Alzó la voz—. ¡Aquí te buscan!

El joven se acercó.

—Ponme una cerveza, Fritz —pidió. Y luego preguntó—: ¿Quién me busca?

—Este señor.

—Franz Bauer —le sonrió el detective, tendiéndole la diestra—. ¿Te parece que ocupemos una mesa?

—Bien.

Cada uno tomó una jarra y se acomodaron en una de las mesas vacías. El muchacho se quitó la gorrita de visera, dejándola junto a la jarra, y pregunto:

—¿Qué desea de mí?

—Estoy buscando a Helmut Nix. Me han dicho que tú le conoces.

—Es cierto. Pero ¿quién es usted?

—Un acreedor.

El joven le miró escrutadoramente. Al final dio por buena la respuesta y bebió un sorbo de cerveza.

—He estado en su casa y parece que por allí no ha aparecido en dos días —agregó el detective.

—Y por aquí tampoco.

—Eso me han informado. Pero ¿tú sabes dónde puedo hallarlo?

—No.

—¿No eres buen amigo de él?

—Relativamente. Coincidimos aquí de vez en cuando, tomamos unas cervezas y charlamos. En algunas ocasiones nos hemos recomendado clientas, usted ya debe saber. —Sí. Helmut es un gigoló— se aventuró.

—Un gigoló profesional. Estudiaba Medicina, pero se lo dejó por esto. Yo sólo me dedico a ello cuando roe hace falta dinero en abundancia. Tengo otro trabajo, más honrado y seguro.

Franz Bauer bebió un largo trago. Chasqueó la lengua y preguntó:

—¿Qué más me puedes contar de Helmut?

—La verdad es que últimamente Helmut no estaba muy comunicativo. Parecía preocupado.

—¿Porqué?

—Le pregunté, pero no me quiso contestar. «Cosas mías», me dijo evasivamente.

—¿No conoces a nadie que me pueda facilitar más información?

—No sé... —El muchacho se quedó pensativo al tiempo que vaciaba media jarra. Su labio superior quedó un poco manchado por la espuma y se lo limpió con el dorso de la mano—. Tal vez...

—¿Quién?

—No se trata de una cosa reciente, porque ya le he dicho que en las últimas semanas no hablaba mucho. No sé cómo debían ir sus relaciones con ella.

—¿Ella? Desembucha de una vez.

—Antes me gustaría saber qué voy a ganar yo.

—Y o correré con tus gastos de cerveza esta tarde.

—Me parece bien. Verá... Recuerdo que hace algún tiempo me comentó que tenía un lío con una chica. Un lío no profesional, claro está. Esa chica era sirvienta en casa de una de sus clientas.

—¿No recuerdas nombres?

—El de la chica, sí. Greta.

—¿Y el de la clienta?

—No, no me viene a la cabeza.

—Pues de poco me sirve eso. ¿Tampoco sabes cómo se apellida la chica?

—No, eso sí que no me lo dijo.

—¿Tal vez el de la clienta fuera Jutta Lehmann? —aventuró el detective.

—¡Sí, señor! —exclamó—. ¡Ése era! ¡Jutta, la vieja loca Jutta! ¿Cómo lo ha adivinado?

—Aquí tienes para tus cervezas y la mía —dejó un billete de cinco marcos sobre la mesa—. Hasta otra, Marius.

El muchacho le vio alejarse hacia la salida. Pero el detective no llegó a ella.

Dos enormes moles humanas se lo impidieron. Dos tipos altos, grandotes y con cara de simpáticos matones. Uno de ellos tropezó —¿intencionadamente?— con Franz Bauer.

—¡Mire por dónde va, imbécil! —protestó el gigante, airadamente.

—Perd... —Fue a disculparse el detective.

—¡No está bien insultar cuando encima se es culpable! —le cortó él otro gigante, dándole un sorpresivo empujón que le obligó a trastabillar.

—¡Eh, eh! —chilló el hombre de la barra—. ¡No quiero peleas aquí o aviso a la policía!

—¡No va a haber ninguna pelea, amigo! —rió el primer gigante, de cabellos rubios cortados al cepillo—. ¡No tenemos ni para

empezar con este tipo!

El otro, en vez de hablar, ya había ido a por el asombrado Franz Bauer, quien no alcanzaba a entender muy bien lo que sucedía.

De pronto vio cómo dos zarpas poderosas caían sobre él dispuestas a apresarle. Supo que tenía que reaccionar o sería triturado. Y obró colocándole un rodillazo en la ingle al hombre-excavadora.

Éste aulló desesperado, encogiéndose, y Franz Bauer aprovechó para unir las dos manos, entrelazados los dedos, formando un potente mazo que salió lanzado como un revés a dos manos de tenis. Alcanzó en plenas fosas nasales al gigante dolorido, reventándoselas en llamativa cascada roja. El hombretón gritó horrorizado observando el caño de sangre.

Su compañero ya acudía en su auxilio, pues en un principio había creído que el otro se bastaría solo. Franz Bauer aún tuvo tiempo de propinarle una patada en el bazo al primer gigante, enviándolo a rodar por el suelo del local. Acto seguido sus reflejos se pusieron a prueba, teniendo que fintar con la cintura primero y después con el cuello. Dos puños zumbaron como moscardones a su alrededor, segando el aire. Colocó un cabezazo en el plexo solar del gigante y al mismo tiempo su puño izquierdo castigaba el hígado, como queriendo atravesarlo. El gigante bizqueó y resopló. El detective le mandó un directo a los ojos, sin ninguna compasión y con toda la mala baba, consiguiendo ponerle la vista de nuevo en su sitio. Luego le solucionó los problemas de la respiración dándole con el canto de la mano en el cuello, en un golpe estudiado y certero. El gigante cayó como una res a la que le dan la puntilla.

Franz Bauer se quedó mirando por unos instantes a los dos gigantes inconscientes. Se acercó a ellos, jadeando, y procedió a registrarlos. No encontró documentación alguna. Miró entonces a la sorprendida concurrencia.

—¿Alguien los conoce?

Nadie abrió la boca. Muchos movieron la cabeza de un lado a otro, negativamente, y otros permanecieron impasibles, todavía asombrados por el resultado de la desigual pelea.

—Bravucones estúpidos... —se decidió al fin a comentar el hombre de la barra—. Usted no ha tenido culpa de nada, señor.

—Celebro que lo vea así.

—Ahora aviso a la policía. Ella se encargará de ellos.

—Me parece bien. Yo me marchó. Adiós, señores.

Franz Bauer salió esta vez del local sin encontrar oposición.

Desde una esquina cercana, un hombre contempló con el ceño fruncido cómo el detective se alejaba por la Winzerstrasse en busca de su coche... Ese hombre era Dieter, uno de los gigolós de la señora Lehmann.

CAPÍTULO III

La doncella se desperezó indolentemente sobre el lecho. Jutta Lehmann, ya hacía rato que se había marchado, no sólo del dormitorio, sino también de la casa. Sólo quedaba de ella un ligero rastro de perfume.

La joven saltó de la cama, todo su espléndido cuerpo al descubierto, y corrió hacia el espejo. Se miró en él y se encontró fea y sucia, a pesar de su rostro atractivo y sensual, de sus firmes y opulentos senos, del esbelto talle, de las largas y torneadas piernas. Aún parecía sentir sobre su cuerpo los labios y las manos de su patrona, sus caricias, sus palabras susurrantes... De pronto cogió un bote de crema del tocador y a punto estuvo de estrellarlo contra el espejo. Al final decidió dejarlo todo tal como estaba y dirigirse a la ducha.

Se lavó con verdadero ahínco, frotándose una y cien veces con la manopla enjabonada. Luego dejó correr largamente el agua templada sobre su cuerpo.

Le interrumpió el timbre de la puerta.

Por un momento pensó no abrir, pero la insistencia de la llamada y la posibilidad de que posteriormente el visitante comentara con su ama su supuesta ausencia por no abrir la puerta, la llevó a salir de la ducha y secarse precipitadamente con una toalla. Corrió desnuda hacia su cuarto y tomó un batín, que se colocó por el camino.

Abrió la puerta y se encontró con la faz sonriente de Franz Bauer.

—Hola. ¿Ésta la señora Lehmann?

—No, señor. Hace un rato salió.

—¿Sabes si tardará mucho?

—No me dijo nada. Si quiere pasar y esperar...

El detective privado aprovechó la invitación, pues lo que buscaba sobre todo era hablar con la doncella.

Ella le condujo hasta el salón principal.

—¿He interrumpido su aseo? —preguntó él, observando la humedad del cabello.

—No, señor. He Terminado ya.

—Entonces, ¿puedes dedicarme unos minutos?

—Por Supuesto, señor. Si quiere, le acompaño hasta que regrese la señora. No tengo nada especial que hacer.

—Bueno, no hace falta que le molestes tanto. —Tome asiento, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. —Franz Bauer se sentó en una confortable butaca, palmeando sus brazos—. ¿Tú eres Greta?

—¿Cómo, señor? —Permaneció ella de pie, las manos en los bolsillos del batín.

—Greta.

—No, señor. Mi nombre es Karin.

—Ya —el detective privado maldijo su suerte—. ¿No conoces a ninguna Greta?

—Tengo una amiga que se llama así.

—Pero ¿ha trabajado en esta casa?

—No, no...

—Entonces, no es ella. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Un par de semanas.

—No es mucho.

—No, señor.

—¿Y quién era antes la doncella?

—No lo sé. Ni siquiera me he molestado en preguntarle. Encontré el empleo por una agencia de colocación.

—¿No sabes si una tal Greta trabajó aquí?

—No, señor.

—Está bien. Ya me sacará de dudas la señora Lehmann. Espero que no tarde mucho.

—Eso nunca se sabe con la señora.

—Oye, otra cosa más.

—¿Qué, señor?

—¿Conoces a Helmut Nix?

—Sí, señor.

—¿De qué le conoces?

—De haberlo visto en esta casa. Pero ya hace varios días que no aparece por aquí.

—Tú no sabes nada de él, ¿verdad?

—No le entiendo, señor.

—Quiero decir que no tienes ninguna relación... digamos fuerte con Helmut Nix, como para saber qué es de él, por dónde anda y todo eso.

—No, no sé nada. Ni me importa. ¿Usted lo busca?

—Hummm... —Hizo Franz Bauer para no comprometerse.

—Ahora que recuerdo... En la tarjeta de visita que me dio anoche ponía detective privado. ¿Lo ha contratado la señora para eso, para que localice a uno de sus gigolós?

—¿Uno de sus gigolós? ¿Hay más?

—A la señora le gusta la variedad. Tiene varios, claro. Helmut, Gerd, Dieter... ésos son los tres que hasta ahora he visto por aquí.

—Interesante. ¿Y hay alguna relación entre ellos?

—No. La señora procura siempre que no se conozcan entre sí, por lo que sé.

—Muy precavida la señora.

—Muy precavida y muy puerca —vomitó de sopetón Karin, sin poderse contener.

—¿Por qué dices eso? —Frunció el ceño Franz Bauer—. No, por nada —se arrepintió de pronto de sus temerarias palabras—. Ha sido una tontería.

»Nada es una tontería, pensó el detective privado. Y dijo:

—Ahora sí que me apetece ese trago que me ofreciste antes, si eres tan amable. Ella dio media vuelta, dirigiéndose hacia el mueblebar, espacioso y repleto de botellas, vasos, cocteleras y todo lo que hiciera falta. Regresó junto a él llevando en sus manos una panzuda copa de *brandy* le sonrió al entregársela.

Franz Bauer la tomó, rozando sus dedos. Bebió un poco y luego la miró por encima de la copa. Ella permanecía de pie, frente a él, mirándole curiosamente. —¿Por qué es una puerca la señora?— pregunto de pronto.

Ella respingo.

—Creo... creo que es mejor que me retire.

—Espera.

Franz Bauer se puso en pie y la alcanzó antes de que se alejara demasiado de él.

—¿Qué ocurre con la señora Lehmann? —le preguntó, poniéndose ante ella.

—No... no es nada.

—Algo será y quiero saberlo.

Con la mano libre apretó mi brazo de ella, apretado. La muchacha tragó saliva con dificultad. Observó la dura mirada de él y sintió cierto miedo. Tomó la copa del detective, sin que éste se opusiera, y bebió el resto. Eso pareció darle fuerzas.

—Es un asunto íntimo, privado, que no creo que a usted le valga de mucho.

—Me gusta saber de mi cliente.

—De acuerdo. —Y entonces lo dijo—. A su clienta también le gustan las mujeres.

—Oh, es eso.

Franz Bauer pareció desencantado. Al menos, nada sorprendido.

—¡Eso... y que yo la tengo que soportar! —barbotó la muchacha, iracunda, lanzando de repente la copa contra el suelo.

—Vaya con la señora Lehmann.

—Es una perversa total. Una puerca. Una marrana. Tortillera y ninfómana. Y... y...

—Y tú, ¿qué?

Los dos se quedaron mirándose muy fijamente.

—Tú te entiendes con ella, por lo que he creído deducir de tus anteriores palabras. —Sí...— lo dijo muy quedo.

—¿Por qué no te largas, si estás asqueada?

—No... no puedo...

—¿Porqué? ¿Por el trabajo? Hay otros trabajos...

—Por el dinero.

—En otros trabajos también pagan.

—Pero en éste más. Es el empleo mejor remunerado que he encontrado, para lo poco que yo sé hacer. Y el dinero me gusta y me hace falta. Me encantan los lugares elegantes, las joyas, los buenos vestidos, un coche, etc. Para todo esto es necesario el dinero.

—Sí, desde luego —reconoció Franz Bauer—. Y en cantidad.

Pero lo siento por ti, muchacha. Por satisfacer tus caprichos materiales, vas a convertirle en una mujer despersonalizada, algo parecido a una drogadicta... Te odiarás a ti misma, pero un día y otro caerás.

—Posiblemente, pero no encuentro otro sentido a la vida.

—A tu vida.

—Sí, a mi vida.

—Trata de encontrar otro sentido.

—Parece usted un predicador.

—No, nada de eso. Lo que ocurre es que a veces me da por pensar. Ésa es mi única rareza.

—Yo también pienso, ¿sabe? Y ahora estoy pensando que quiero olvidar lo que ha sucedido hace una hora...

—Claro.

—Y que usted —se desanudó el batín, quitándoselo lentamente— podría complacerme...

Franz Bauer contempló la total desnudez de aquel cuerpo curvilíneo, en el que destacaban sobremanera los redondos pechos de gran aureola mamaria. Su Monte de Venus brillaba negro como ala de cuervo entre la opulencia de sus prietos muslos.

—¿Sabe predicar con el ejemplo? —le preguntó ella.

* * *

Jutta Lehmann, por la Wallfahrtsweg, llegó en su auto hasta el castillo de la Kreuzberg Kapelle, en el barrio de Lengsdorf. Las sombras de la noche lo envolvían todo y la antigua y magnífica edificación adquiría un aire fantasmal entre la soledad del paisaje.

El «Volkswagen» que iba tras ella se detuvo en el cruce con la Hohlweg. El hombre de la cicatriz sacó unos pequeños pero potentes gemelos de la guantera del salpicadero y observó a través de ellos los movimientos de la mujer.

Bueno, los posibles movimientos, porque el auto de Jutta Lehmann, un «Alfa Romeo» muy juvenil, ya se había detenido y ella permanecía en su interior, con las luces apagadas.

De pronto, un hombre apareció caminando hacia el auto. Era un tipo de mediana estatura, cubierto por un costoso abrigo, con las solapas subidas. Usaba sombrero y sus facciones apenas fueron visibles para el hombre de la cicatriz. Alcanzó el coche de la mujer

y se subió a él.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Tiene ya lo...?

—No —le cortó ella.

El respingó.

—¿Cómo es eso?

—Han surgido problemas.

—¿Graves?

—Aún no lo sé.

—Si esto se complica, será mejor dejarlo.

—No se asuste.

—Yo nunca he tenido miedo, señora. Pero tengo conciencia de lo que vale un hombre prudente. ¿Qué ocurre?

—Eso es mi asunto.

—Muy bien. ¿Cuándo lo tendrá?

—Lo más pronto posible.

—El día señalado era hoy. Traigo el dinero.

—Sí, sí, pero no ha podido ser. ¿Se cree que no me fastidia a mí?

—Supongo que sí. Está bien. Le doy tres días más. Dentro de tres noches aquí. Si no lo tiene para entonces, olvidaremos el asunto.

—Lo tendrá.

—Que así sea. Buenas noches.

—Buenas noches.

El hombre del abrigo salió del «Alfa Romeo» y continuó caminando. El auto de Jutta Lehmann se puso en movimiento y se alejó por la Stationweg. El hombre de la cicatriz le dio al encendido, murmurando:

—Ojalá sea este mi hombre...

Y pensaba en el chasco que se había llevado la noche anterior al averiguar que su perseguido era simplemente un detective privado.

Fue tras el hombre del abrigo con mucha precaución. Poco después, éste se subía a un «Mercedes Benz 600» que parecía esperarle, motor en marcha, al otro lado del silencioso y oscuro castillo.

* * *

—¡La señora Lehmann! Exclamo Karin, reaccionando de súbito.

Se puso en pie, cogió su batín y echó a correr hacia su cuarto.

El detective se apresuró lo más que pudo. Tomaba asiento en una butaca cercana al lugar donde había roto la copa, cuando entró un tanto nerviosamente en el salón Jutta Lehmann. Se la notaba de mal humor.

—¿Qué hay, señora Lehmann? —saludó Franz Bauer levantándose de su asiento.

—¡Usted! —se sorprendió, pues no se había fijado en él en un principio.

—Así es —estrechó la diestra algo húmeda—. He realizado ya algunas averiguaciones...

—Estup... ¡Oh, qué es esto! —exclamó al ver los cristales rotos de la copa.

—Disculpe, señora Lehmann, se me cayó la copa que me sirvió la doncella.

—Vaya. ¡Podía haber limpiado esto! ¡Esta chica!

—Ella no lo sabe. Fue cuando me dejó solo —la disculpó el detective.

—Bueno, vayamos a lo que me interesa. ¿Qué novedades me tiene?

—Estuve en casa de Helmut y... —A continuación le hizo un somero relato.

—¡Greta! —exclamó la señora Lehmann en cuanto lo pronunció Franz Bauer.

—Trabajaba para usted, ¿no?

—Sí.

—¿Y no sabía que Helmut y ella...?

—No, en absoluto. Es la primera noticia que tengo. ¡La muy...!

Se contuvo y se encaminó seguidamente hacia el mueble bar.

—¿Quiere otro trago? —ofreció.

—No, gracias.

—Yo voy a tomar uno. Lo necesito.

—Bien, eso es lo que hay, señora Lehmann. Creo conveniente hablar con esa chica, por eso he venido aquí. En un principio pensé que podía tratarse de su actual doncella...

—A Greta la despedí hace más de dos semanas.

—¿Por qué?

—Asuntos personales.

—No me oculte la información...

Jutta Lehmann se volvió de cara a él, con un vaso cilíndrico mediado de *whisky* en la mano.

—De verdad no le interesa. Ni creo tenga nada que ver con este asunto.

—Pero si ella tuvo o tiene relación con Helmut puede saber de él...

—En eso estamos de acuerdo —bebió un largo trago. El color le vino a la cara.

—¿Puede darme más datos acerca de su ex doncella? Su nombre completo, por ejemplo...

—Greta Klewe.

—Y su dirección.

—Espere un momento.

Jutta Lehmann salió de la estancia llevándose el vaso. Regresó un par de minutos después, con un papelito donde había anotado la calle y un número y con el vaso completamente vacío. Ahora sus ojos brillaban como ascuas.

—Gracias —se guardó el papelito él detective—. No la voy a molestar más. Ya le informaré de mis próximas investigaciones.

—¿Hay algo más, señor Bauer?

—¿Sí?

—Estoy dispuesta a primarle con doscientos marcos extra si da con Helmut antes de dos días.

—Lo tendré en cuenta. Buenas noches, señora Lehmann.

CAPÍTULO IV

Greta Klewe vivía fuera del casco urbano de Bonn, al otro lado del río, en el barrio de Vilich-Rheindorf. El edificio se encontraba en la Frankenweg, cerca de la oficina de Correos.

Allí no había portero. El portal estaba cerrado y Franz Bauer miró en el panel los nombres buscando el de Greta Klewe. Puerta diez. Apretó el botón.

Llamó una y otra vez, pero nadie le contestó. Al final se decidió por la puerta nueve, pensando que sería vecina del rellano.

—¿Quién es? ¿Quién es?

—Buenos días, señor.

—¿Qué ocurre a estas horas de la mañana? —protestó. Eran las diez, una hora la mar de normalita—. ¿Quién es? —insistió.

—Me llamo Franz Bauer y ando buscando a la señorita Greta Klewe...

—Ah, la chica esa...

—He estado llamando, pero no contesta...

—Lógico, lógico.

—¿Sí?

—A estas horas, las personas jóvenes trabajan y los mayores descansan aún. ¿Usted qué hace?

—Estoy trabajando, señor —se armó de paciencia el detective—. Y mi trabajo consiste en hallar a la señorita Greta y hablar con ella. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarla?

—Ya le he dicho que está trabajando...

—¿Dónde?

—En el supermercado Felmy de la Heerstrasse. ¿Lo conoce? Tendrá que cruzar el río...

—Conozco la calle. Gracias.

Y Franz Bauer se alejó de allí, camino de su coche.

* * *

El hombre de la cicatriz aparcó su utilitario azul en la Elsa Brandstrom Strasse, muy cerca del cruce con la Himmerichweg. Comprobó la hora en el reloj de pulsera. Nada podía fallar. Bajó del coche y caminó por la Elsa Brandstrom Strasse hasta llegar a la esquina con la Rheinallee, allí donde la primera se ensancha y pasa a ser una vía de primer orden. Dobló por la Rheinallee, camino del río. Antes se encontró con la Uferstrasse y giró por ella, a la derecha. Pronto alcanzó la vivienda de Jutta Lehmann.

Se entretuvo en un puesto de periódicos, curioseándolos. Al final se decidió por *Die Well*. Consultó de nuevo su reloj y se dijo que ya no podía tardar mucho, según sus observaciones de días anteriores, mientras la vigilaba para averiguar el contacto.

Y apareció.

Jutta Lehmann salió.

Como todos los días, a primeras horas de la mañana, iba camino de la peluquería. Era algo excesivo, casi obsesivo en ella. Pero como parecía poderse permitir ese lujo...

Anduvo por la Uferstrasse hacia la ruina de la Stumpfer Turn. El hombre de la cicatriz fue tras ella, observando que apenas había viandantes. Luego, cuando doblaron a la izquierda por la estrecha y corta Wolkenburgweg para dirigirse a la Himmerichweg, donde se hallaba la peluquería, aún habría menos gente.

Y así fue.

Nada más doblar la esquina, el hombre de la cicatriz apresuró su paso, sacando disimuladamente una pequeña pistola con silenciador acoplado del bolsillo de su gabán, la cual ocultó bajo el periódico. Antes de que llegara a la Elsa Brandstrom Strasse, alcanzó a la mujer.

—Le estoy apuntando con una pistola —la amenazó, siguiendo su paso—. No se altere o me la cargo.

Jutta Lehmann palideció intensamente.

—¿A... qué... se debe... esto...? —balbuceó.

—¡Entre ahí! —le señaló de pronto un portal abierto.

La mujer obedeció, tremendamente asustada. El hombre de la cicatriz apenas llegó a atravesar el umbral. Su índice se movió bajo

el periódico, apretando el gatillo. Dos balas le entraron en la nuca, en sentido diagonal, de abajo arriba, atravesándole el cráneo. Jutta Lehmann cayó muerta, sin enterarse de lo ocurrido, mientras el hombre de la cicatriz, se alejaba por la calle tranquilamente, guardándose la pistola en el bolsillo y hojeando el periódico vivamente interesado.

Cuando alguien gritó al descubrir el cadáver, el hombre de la cicatriz ya se marchaba en su coche sin ningún impedimento, pensando en su siguiente y decisivo paso: el contacto.

Pero no sabía que había dejado atrás un testigo. No un testigo exactamente del crimen, pero sí de ver entrar en el portal a una mujer seguida por un hombre y observar al momento cómo el hombre se alejaba, mientras que de la mujer sigue viendo sus tobillos y sus zapatos de tacón alto, pero esta vez en posición horizontal, como si se hubiera caído. ¿Por qué no se levantaba? ¿Qué había pasado? Lo supo mucho más tarde.

Ese testigo era una joven paralitica que pasaba la mayor parte de las horas del día sentada junto a su ventana, observando la calle, desde el piso noveno de un edificio casi frontero al del lugar del crimen.

* * *

El supermercado Felmy ocupaba un buen trozo de manzana entre la Marienkirche y la Bornheimerstrasse. La clientela era bastante numerosa, casi toda ella mujeres. Un hombre calvo y sonriente se encargaba de solicitar amablemente a las señoras que dejaran sus bolsos y les entregaban una cesta o carrito, según sus preferencias.

—Señor... —le dijo al detective, como esperando que le indicara qué deseaba.

—Busco a la señorita Greta Klewe.

—Oh —exclamó casi con una cesta en la mano.

—Me han dicho que trabaja aquí.

—En efecto. Es una de nuestras cajeras. ¿Por qué la busca?

—Deseo hablar con ella. —Miró hacia la línea de cajeras, cinco en total—. ¿Quién es? —Perdone, señor.

El hombre calvo y sonriente atendió a una señora de edad que acababa de entrar. —Lamento decirle que no podrá hablar con ella

por ahora, señor— volvió a dirigirse al detective—. No se puede molestar al personal mientras trabaja.

—¿No puede hacer una excepción?

—Está terminantemente prohibido.

—Soy detective privado —le mostró su licencia.

—Y yo soy el encargado del orden en este local.

—Entiendo.

—Celebro que lo entienda.

—Supongo que no habrá inconveniente en que compre algunas cosas, ¿verdad?

—En absoluto, señor.

—Deme una cesta.

Franz Bauer se alejó hacia el interior, caminando por los distintos pasillos flanqueados de estantes repletos de género. Actuó con toda normalidad, escogiendo aquellas cosas que verdaderamente le hacían falta. Pronto tropezó con una de las empleadas, que se dedicaba a colocar nuevas pastillas de chocolate que extraía de una caja de cartón depositada en el suelo.

—Hola.

—¿Desea algo, señor? —le preguntó ella, de rodillas en el suelo.

—Creo que aquí trabaja la amiga de un conocido mío. Yo no la conozco, pero sé su nombre. Greta Klewe.

—Ah, sí.

—¿La conoce? ¿Dónde se encuentra?

—Es cajera. Está en la caja número tres.

—Gracias —dijo sonriente, y tomó una pastilla de chocolate.

Aún se entretuvo un rato más, buscando los sobres de sopas. Luego se encaminó directamente hacia la caja número tres. Observó que las otras cajas también estaban ocupadas, así que no llamó la atención que se colocara en la tres. Sólo el hombre de la entrada le miró con el entrecejo fruncido, un poco mosqueado.

La cajera era una chica que estaría frizando los veinticinco años de edad. Rubia, de ojos claros y bellas facciones. Poseía un busto agresivo que no podía ocultar la holgada bata blanca que la cubría. Las manos de finos dedos se movían ágilmente sobre las teclas de la máquina, marcando números, al final tiraron de la larga cuenta, cortándola y entregándosela a la clienta.

—Diecisiete marcos con sesenta pfennigs —oyó entonces su voz

dulce y armoniosa. Mientras la señora hurgaba en su bolso, la chica sacó unas bolsas de plástico y las lanzó sobre el compartimiento adonde habían ido a parar los comestibles. Movi6 el sistema de conducci6n, cerrando el mencionado compartimiento y abriendo otro nuevo. La se1ora le pag6 por fin y sali6 del estrecho y corto pasillo, entreteniendo en guardar sus cosas en las bolsas de pl1stico.

Franz Bauer ya haba colocado la cesta sobre el mostrador. Ella apenas se fij6 en 6l.

Comenz6 a atrapar cosas, mirar el precio, marcarlo y por 6ltimo lanzarlas por el conducto. —Greta Klewe— dijo el detective.

La chica se detuvo un instante. Ahora s6 le mir6 con alg6n detenimiento.

—Yo soy, s6.

—Mejor ser1 que contin6es con el trabajo. El ogro no nos quita ojo de encima.

Ella comprendi6. Y Franz Bauer agreg6:

—Necesito tu ayuda.

—¿C6mo dice?

—He de hablar contigo.

—No puedo.

—Lo s6. ¿Cu1ndo podr6amos?

La joven volvi6 a detenerse.

—¿Es esto un ligue?

—No.

—Ah —y continu6 marcando.

—¿Qu6 dices?

—Acabo a las seis.

—Demasiado tiempo. Tengo prisa.

—Lo siento.

—Supongo que almorzar1s...

—S6. Tengo media hora a partir de las doce y media...

—Entonces podr...

—No, porque almuerzo en el comedor privado de aqu6. No le dejar6an entrar.

—Ya.

—Son ocho marcos con diez pfennigs —le entreg6 la cuenta.

—Muy bien.

Franz Bauer echó mano de su monedero con parsimonia. El hombre calvo y sonriente no les perdía de vista. Se le veía con ganas de intervenir.

—Pero ¿quién es usted? —preguntaba ella.

—Franz Bauer, detective privado.

—¿Y qué quiere?

—Busco a Helmut Nix.

—¡Ése...!

—¿Qué sabes de él?

—Nada.

Franz Bauer ya había colocado algunas monedas sobre la palma de la mano extendida de ella. Parecía buscar otras en su monedero.

—Tú tienes o tenías relación con él, por lo que he averiguado...

—Tenía. Rompimos hace una semana.

—¿No sabes dónde podría encontrarlo? —Colocó una nueva moneda sobre su mano.

—¿En su casa no está?

—Hace dos días que no saben de él.

—Hum.

—¿Qué me dices? —Depositó otro marco, y ahora sumaban siete.

—Búsquele en el diez de la Pützstrasse. Apartamento 4C. Tal vez ande por allí, el muy puerco.

—Gracias.

El encargado del orden ya avanzaba hacia ellos... Continuaba siendo calvo, pero ahora no sonreía.

—¡Y aquí está el marco diez que faltaba! —exclamó Franz Bauer.

—Muy bien, señor —le entregó a su vez ella una bolsa de plástico.

El detective se dirigió hacia su compartimiento. El hombre calvo y no sonriente llegó hasta él.

—Es\$ usted muy amable queriéndome ayudar a guardar las cosas, señor —le dijo Franz Bauer, empleando el lema de que la mejor defensa es un ataque—, pero puedo yo solo. Muchas gracias.

El otro se quedó un tanto sorprendido. Franz Bauer terminó de introducir los comestibles en la bolsa de plástico. Echó a andar, no sin antes dirigirle una sonrisa de agradecimiento al encargado del

orden.

—Parece que lo consiguió, ¿eh? —Al fin soltó éste, un tanto molesto.

—Sí, he conseguido una buena compra —asintió el detective—. Este supermercado es un sitio económico. Volveré por aquí. Adiós. Y salió definitivamente de allí.

* * *

El edificio de la Pützstrasse que le interesaba al detective se encontraba cercano a la bonita iglesia de St. Nikolaus. Enfrente había un colegio que llevaba el mismo nombre.

Franz Bauer buscó el botón de la puerta 4C y justo en ese momento una mujer de edad avanzada, que abusaba de los cosméticos como si fueran fuente de juventud, llegó hasta el portal por la parte de dentro. El detective se abstuvo entonces de llamar y esperó a que ella abriera.

Franz Bauer se apartó, saludando cortésmente y dejándola pasar. Ella no le hizo el menor caso y siguió su camino. El detective se encogió de hombros y rápidamente alargó una mano evitando que la puerta se cerrara.

Y entró.

Y subió en el ascensor.

Y llegó ante la puerta 4C.

Y apretó el botón del timbre.

Y nadie salió a abrir.

—Parece ser que mi sino es no encontrar nunca al inquilino —murmuró fastidiado, echando mano de su ganzúa. No estaría de más ojear el lugar.

Rápidamente logró hacer saltar el pestillo. El paso le quedó franqueado. Había una claridad media. El apartamento olía a sitio cerrado, al que en varios días no se ha ventilado. Franz Bauer cerró la puerta y dio unos cuantos pasos hacia el interior.

¡Entonces surgió la sombra sobre él!

CAPÍTULO V

Franz Bauer fue a revolverse, pero llegó tarde. Algo duro se abatió contra su cabeza y los pocos instantes que le restaron de conciencia sólo le sirvieron para ver unas facciones varoniles contraídas por el miedo, unos ojos oscuros, una nariz aguileña y una boca ancha. Luego ya nada. Se derrumbó como un fardo sobre el suelo del corredor.

El agresor no se entretuvo lo más mínimo. Salió del apartamento como alma que lleva el diablo.

Franz Bauer tardó varios minutos en recuperarse. Lo primero que hizo fue parpadear y pasarse una mano por el lugar golpeado. Se incorporó poco a poco, quedando sentado en el suelo. Giró el cuello un par de veces, a derecha e izquierda. Tomó aire y lo soltó lentamente, repitiéndolo en varias ocasiones. Más tarde, encogió las piernas y se levantó con cierta precaución. No sufrió ningún vahído y caminó con parsimonia hacia la luz. Entró en el *living* de aquel apartamento.

Todo él estaba revuelto, como si hubiera sido sometido a un bárbaro registro, pero eso era lo de menos.

Lo demás era el hambre.

Joven, de veintitantos años, mediana estatura, robusto, rubio, ojos verdes...

El detective privado no tuvo ninguna duda: era Helmut Nix. Al fin había dado con él.

Estaba completamente desnudo y su cuerpo parecía haber servido para el ensañamiento de un sádico. Presentaba muchas señales de golpes y quemaduras. Su boca estaba cubierta por una mordaza y sus ojos vidriosos producían escalofríos.

Franz Bauer se acercó más a él y lo estudió con cierto

detenimiento. Sus pocos conocimientos forenses le dijeron que Helmut Nix ya llevaba muerto un par de días, casi con toda seguridad. Desde luego, el tipo que le había golpeado no lo acababa de matar.

En fin, ya había terminado su búsqueda. Y un cadáver no era cosa de su agrado. Por supuesto, faltaba encontrar la sortija de Jutta Lehmann.

Llegó a la conclusión de que no valía la pena buscarla por dos razones: primera, porque todo el apartamento estaba patas arriba y posiblemente estuviera la sortija ya en otro bolsillo; y segunda, porque se exponía a dejar huellas y no quería problemas con la policía.

Acabó por abandonar rápidamente el apartamento. Ya en la calle decidió buscar una cabina telefónica. Desde luego, no iba a avisar a la policía. Sentía alergia por la bofia. Y además le gustaba trabajar solo. Por lo pronto, quería hablar con su cliente, que era quien primero debía ser informado, por algo le pagaba.

Vio una cabina telefónica en la acera de enfrente y cruzó la calle.

Bueno, en honor a la verdad hay que decir que no cruzó totalmente la calzada. No, al menos, como él pensaba: sobre los dos pies, caminando tranquilamente.

De pronto, un «Bavaria» se le vino materialmente encima.

Fue visto y no visto.

Una mujer gritó horrorizada.

Franz Bauer brincó ágilmente y logró esquivar casi milagrosamente la embestida, ante el asombro de los pocos testigos. Rodó por el resto de calzada hasta tropezar con el bordillo de la acera.

El «Bavaria» se había detenido ya con espeluznante chirrido de frenos. Dos hombres altos y fuertes salieron corriendo de él y se acercaron al caído detective. Hubo un gesto de desencanto en sus rostros; gestos que sólo duró unos instantes.

—Señor, ¿cómo se encuentra? —le preguntó amablemente uno de ellos, ayudándole a levantarse.

—Debió mirar mejor —le recriminó el otro—. A punto hemos estado de matarlo.

—Para mayor tranquilidad nuestra, lo mejor será que le

llevemos a un hospital para que le hagan un reconocimiento general —propuso el que primero hablara anteriormente—. Puede tener alguna lesión interna...

—Sí, sí —convino su compañero.

Entre los dos lo cogieron por las axilas, llevándolo hacia el «Bavaria». Franz Bauer parecía un poco atontado.

—Creo... creo que estoy bien... —musitó al fin, notando que la mente se le despejaba y las fuerzas comenzaban a volverle. El coche no le había tocado y ahora ya estaba pasando el susto.

—Estaremos más tranquilos si sabemos que realmente no tiene nada.

—Vamos.

Pero el detective se desasíó de ellos al llegar ante el detenido «Bavaria».

—No, no hace falta —forzó una sonrisa—. Puedo ya valerme por mí mismo. Estoy bien, de verdad. No llegaron a tocarme. Gracias.

Los dos tipos del «Bavaria» intercambiaron una mirada de consternación entre sí. Uno de ellos, tal vez con los nervios más a flor, le dio un brusco empujón a Franz Bauer, queriéndolo mandar dentro del automóvil.

—¡Por favor...! —gritó el detective, girándose.

—Disculpe a mi amigo —intervino rápidamente el otro—. Está un tanto nervioso. El accidente lo ha alterado. En el fondo, sólo quiere su bien.

—Si, comprendo. Yo tampoco estoy muy tranquilo.

—Por eso queremos llevarlo a un hospital —le habló el más sereno con voz amable y convincente—. Convendría que lo chequearan.

—Ya les he dicho que no me hace falta. Les estoy muy agradecido por sus desvelos, sinceramente.

Franz Bauer fue a echar a andar. El tipo de los nervios a flor, se hizo por fin a un lado, dejándole paso. En su rostro se dibujaba perfectamente una mueca de disgusto.

Algunos curiosos se habían acercado al trío, interesándose por la integridad física del detective. Éste sonrió a todos con palabras de agradecimiento.

—Sólo ha sido un susto —decía entre otras cosas—. Sólo ha sido un susto...

Y se alejó hacia su coche, mientras los dos tipos subían al «Bavaria» y desaparecían. Recordó entonces la llamada que quería hacer, pero pensó que tal como estaban las cosas, mejor sería hablar desde su casa. Más tranquilidad y menos dinero. Por otro lado, necesitaba una ducha, un poco de alimento y un merecido descanso.

* * *

El hombre de la cicatriz acabó de beber la copa de coñac que se había servido anteriormente. Chascó la lengua placenteramente y murmuró para sí:

—Ahora tengo ya definitivamente libre el camino. El negocio es todo mío.

Y de su breve risa de satisfacción sólo fueron testigos las cuatro paredes de su despacho.

Una de sus peludas manos se abatió sobre el teléfono. Había llegado el momento. Lo descolgó y marcó el número que tenía apuntado en un papel sobre la mesa.

Cuando descolgaron al otro lado, una voz femenina, muy agradable, dijo:

—Compañía Exportadora Wicki...

—Con el señor Klaus Wicki, por favor —pidió el hombre de la cicatriz.

—¿De parte de quién?

—Del señor Schmitt.

—Un momento, por favor.

Aguardó impaciente, jugando con el papelito.

Por fin oyó la voz de su hombre:

—¡Dígame!

—Buenas tardes, señor Wicki.

—¿Qué Schmitt es usted?

—No me conoce, señor Wicki.

—Entonces...

—¡Pero no cuelgue! ¡No sea idiota!

—¿Quién es usted?

—Un amigo que tiene lo que le interesa.

—¿Cómo?

—Usted conoce a Jutta Lehmann, ¿verdad?

—No sé de qué habla.

—¡Claro que lo sabe!

—¡Usted está loco, señor Schmitt o cómo diablos se llame realmente! ¡No estoy para bromas pesadas! ¡Mi tiempo es oro!

—¡Cállese y atienda! Supongo que ya sabrá que ella, Jutta Lehmann, ha sufrido un desgraciado accidente. Un hombre que se dedica a lo que usted debe estar informado al momento de cuanto ocurre.

—No sé de qué habla.

—Parece un disco rayado, señor Wicki. Vamos, no tenga miedo, quítese la máscara y hable conmigo francamente. Le he llamado para comunicarle que el negocio lo llevo yo ahora. Tengo lo que le interesa, lo que pensaba ofrecerle Jutta Lehmann. Y estoy dispuesto a dárselo a usted a cambio de una succulenta cantidad, que es lo que ella pensaba hacer. ¿Me va entendiendo?

El señor Wicki guardó silencio. Eso sí, al oído del hombre de la cicatriz llegó el ritmo desacompasado de una respiración.

—¿Me va entendiendo, señor Wicki? —repitió—. ¡Conteste!

—No... no sé de qué habla... —volvió a decir. Pero ahora ya no había ninguna seguridad en su voz.

—Le daré más pruebas, señor Wicki. Anoche asistí a su entrevista, la entrevista que mantuvo con Jutta Lehmann en el castillo de Kreuzberg. Supongo que ella le diría que las cosas no marchaban bien —soltó una risita burlona—. Podía haberla atacado directamente, intentando obligarla a hablar. Pero siempre me gusta estudiar a las personas, entra dentro de mi trabajo habitual, y enseguida me di cuenta que Jutta Lehmann era una mujer de carácter, dura, así que decidí obrar astutamente. Y eso es lo que hice. La vigilé constantemente. Y al final apareció usted. Le seguí anoche, en su flamante «Mercedes Benz 600». Y como ella ya no me servía para nada, sólo podía ocasionar molestias a nuestro trato, la eliminé hace unas horas. En fin, le cuento todo esto para que vea que soy un tipo serio, que no se anda con rodeos ni chiquitas. ¿Está claro, señor Wicki?

Silencio de nuevo.

—¿Está claro, señor Wicki?

—Sí...

—No le oí bien.

—¡Sí, maldita sea!

—Así me gusta. Ahora hablemos del negocio. ¿Le sigue interesando tener lo que yo tengo?

—Sí.

—¿Y está dispuesto a pagar cien mil marcos contantes y sonantes?

—Eso es mucho dinero. Mucho más de lo que me pidió Jutta Lehmann.

—Es mi precio, señor Wicki. ¿Lo tendrá esta noche?

—¡Imposible!

—Oh, qué pena.

—Necesito tiempo. Sólo dispongo de la cantidad que tenía prometida a Jutta Lehmann.

—Está bien. Seré bueno. Le daré veinticuatro horas. ¿Qué le parece mañana, al anochecer, sobre las siete, en el mismo sitio donde quedó con Jutta Lehmann?

—De acuerdo.

—Pero una advertencia.

—¿Qué?

—Esta vez venga sin chófer. Solo. No quiero ninguna clase de testigos.

—Muy bien. Pero espero que usted también juegue limpio.

—Yo siempre juego limpio, señor Wicki —dijo, y colgó, sonriendo.

* * *

Cuando ya duchado, descansado y alimentado, Franz Bauer descolgó el teléfono, marcó el número de Jutta Lehmann y una Karin llorosa le contó que su ama había aparecido con dos tiros en la nuca, a punto estuvo de cortársele la digestión.

Recibió más información de la muchacha, pero el llanto de ésta —con toda seguridad lloraba porque ahora debía ver más lejos los trapitos de *boutique*, las joyas, los viajes y el coche de moda, no porque su ama estuviera ya tiesa— le hacía prácticamente ininteligible la conversación.

Lo dejó estar y se quedó pensando, tumbado cuan largo era sobre el tapizado diván, igual que si estuviera en la consulta de un psiquiatra. Claro que en este caso el paciente y el doctor eran una misma persona: él.

El caso no tenía desperdicio: su clienta, muerta, asesinada a tiros en un portal. El joven que buscaba por orden de ella, muerto también, éste a causa de una brutal tortura; se podía pensar que debían haber intentado arrancarle alguna información. ¿Por qué?

En buena lógica debía abandonar el asunto y poner un anuncio en el periódico ofreciendo sus servicios. En buena lógica...

Pero el paciente estaba loco.

Y no era para menos: parecía mentira que la búsqueda de una sortija de tres mil marcos trajera dos asesinatos. ¿Había algo más en todo aquel embrollado asunto? ¿Hasta qué punto había sido sincera con él Jutta Lehmann? Lástima que a los muertos no se les pudiera preguntar...

Lo cierto es que la señora le había dado doscientos marcos —cobrados antes de llegar a casa, esa mañana— y ya no le daría más. Ni siquiera el extra prometido. ¿Por doscientos marcos valía la pena seguir adelante?

Era evidente que estaba ante un misterio, y a él le encantaban los misterios, aunque no hubiera ya ningún dinero. Aunque desgraciadamente reconocía que el dinero es preciso para poder seguir digiriendo alimentos, al menos.

Se puso en pie y se dirigió a la mesa. Abrió un cajón cerrado con llave, extrayendo de él una pistola automática. No era amigo de usar las armas, la prueba es que casi nunca la llevaba encima. Pero para este asunto sospechaba que le iba a hacer falta. Dos asesinatos hablaban de gentes poco educadas...

Entretuvo el tiempo repasando y engrasando la pistola, hasta las seis de la tarde en que iría a visitar a la rubia Greta Klewe, la ex amiga de Helmut Nix. Ella podía contarles más cosas de las habladas en el supermercado, con las prisas y la mirada aviesa del encargado sobre ellos. Justo en la dirección que le había dado se había topado con el cadáver de Helmut Nix. Eso era muy interesante.

CAPÍTULO VI

Ella ya le esperaba en el rellano, con la puerta abierta. Vestía una sencilla ropa de estar por casa y en su bello rostro había dibujada una mueca de intriga.

—No esperaba su visita —le dijo al estrechar su mano—. Creí que ya lo habíamos hablado todo.

—Han sucedido cosas.

—¿Qué?

—Pasemos dentro y te lo explicaré.

—Sí, sí.

Entraron en la casa. Mientras se acomodaban en la coqueta salita de estar, ella le contó que el vecino de la nueve le había hablado de él.

Franz Bauer tomó entonces la palabra:

—Antes de que te explique todo, me gustaría que tú tuvieras la amabilidad de contestar a unas preguntas mías.

—No le entiendo.

—Ya te dije que era detective privado. Pues bien: el asunto que llevo entre manos se ha complicado bastante y quisiera antes saber qué relación puedes tú tener en él.

—Todo esto me parece muy extraño.

—Confía en mí.

—Está bien. Adelante con sus preguntas.

—¿Fumas? —Le alargó su cajetilla de «HB». Ella aceptó y él le ofreció a continuación la llamita de su encendedor. Franz Bauer habló al tiempo que expulsaba la primera bocanada de humo—: ¿Cómo entraste a trabajar en casa de Jutta Lehmann?

—Mediante una agencia de colocación.

—¿No la conocías de nada?

—¿A quién? ¿A Jutta Lehmann?

—Sí.

—No, en absoluto. Si la hubiera conocido de algo, tenga por seguro que allí no hubiese ido a parar.

—Pero fuiste.

—Era un buen empleo. Doncella con sueldo espléndido. ¿Por qué no?

—¿Cuánto duró?

—Muy poco.

—¿Cuánto?

—No más de dos semanas.

—¿Por qué?

Ella dudó un instante. Se puso en pie y tomó un cenicero que había sobre la mesa central. Se lo acercó, para que sacudiera el cigarrillo.

—¿Es preciso...? —inquirió.

—Haz el favor.

Greta Klewe retornó a su sitio, con el cenicero en la mano.

—Bueno, Jutta Lehmann... Por cierto —se interrumpió—, estamos hablando de ella y no sé qué relación puede tener usted con ella. No me gustaría que...

—No te preocupes. Cuentas lo que cuentas, seré una tumba. Puedes hablar tranquilamente.

—De acuerdo —le dio una profunda chupada al pitillo—. Jutta Lehmann es una perversa sexual.

—Ya.

—Comenzó a acorralarme, quiso propasarse. En fin, me largué.

—Y le dijiste adiós a un succulento empleo.

—Aunque no, soy un dechado de virtudes, tengo mi propio código moral. Y en él no entra el venderse. Por nada del mundo. Prefiero un empleo más modesto, como el que tengo ahora, y vivir en paz con mi conciencia.

—Entiendo. —Y al decir esto, Franz Bauer pensó en Karin, la otra cara de la moneda.

—Si la conoce sabrá que ella es...

—Lo sé, lo sé. Y ahora vayamos con Helmut Nix. ¿Cómo le conociste?

De nuevo ella se levantó y le acercó el cenicero.

—En casa de Jutta Lehmann —le respondió, ya volviendo a su asiento—. Es uno de los gigolós que ella alimenta.

—También lo sé. Pero ¿qué más?

—Bueno, le conocí, salimos juntos, me cayó simpático, me gustó y enseguida entablamos relaciones íntimas. Helmut es muy bueno en la cama.

—Es lo suyo.

—Pero no sólo es eso lo suyo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... —empezó, pero no siguió.

—Lo que iba a preguntarte a continuación es por qué rompisteis. Porque en el supermercado tú me dijiste que habíais roto vuestras relaciones.

—Es cierto.

Ahora fue Franz Bauer quien se levantó, apagando la colilla en el cenicero.

—¿Por qué? —le preguntó, mirándola fijamente a los ojos. Eran grandes y azules, muy hermosos.

—Precisamente eso tiene relación con lo que antes le he dicho.

Él se sentó nuevamente y dijo:

—Explícate.

—Bueno, fue una casualidad. Un día, en su casa, le descubrí un juego de llaves con una dirección. Fui allí una noche que se excusó de una forma vaga conmigo. Lo que encontré me dio vómitos.

—¿Qué viste?

—Le pesqué achuchándose con un tío.

—¡Ajajá!

—Una escena repulsiva. Salí de allí espantada y asqueada. ¡Puercos!

—Y rompiste con él.

—A partir de ese día no volví a verlo.

—Y eso sucedió cuando ya no eras empleada de Jutta Lehmann.

—Sí. Hace una semana, aproximadamente.

—Y esa dirección donde lo pescaste in fraganti es...

—La que le di.

—Ahora voy comprendiendo algo. Dime: ¿cómo era el tipo que estaba con él?

—No le vi muy bien.

—Pero si recordarás algunos detalles.

—Creo que no tendría más allá de los treinta y cinco años, una estatura normal, nariz aguileña, ojos... ojos más bien oscuros... No, no recuerdo más. Y no estoy muy segura de todo esto.

Franz Bauer pensó que aquella somera descripción podía encajar muy bien con la que él tenía del fulano que le había golpeado traidoramente en el apartamento. No sería de extrañar que fuera el mismo hombre, si aquél era el nido de amor de la pareja.

Se masajeó el mentón, preocupado. Por un momento se entretuvo contemplando y admirando a la bella que tenía ante él. Ahora podía ver sus piernas, largas y torneadas, moviéndose para dejar el cenicero en su sitio. Tenía mucho encanto la joven caminando.

Y un buen tipo, sí señor.

Ella volvió a sentarse, cabalgando una pierna sobre la otra. Así dejó ver el comienzo de sus muslos.

—Creo que ahora te loca a usted hablar —dijo, sacándole de su abstracción.

—Sí, sí. Es verdad. Y no sé cómo empezar.

—Se debe comenzar por el principio.

—Tienes razón —le dirigió una última mirada a aquellos muslos prietos y prometedores—. La señora Lehmann me contrató para que buscara a Helmut Nix.

—Así que un empleado de Jutta Lehmann —rezongó ella, descabalgando nerviosamente la pierna.

—No te inquietes —alzó una mano él—. Y déjame terminar. Jutta Lehmann me contó que hacía dos días que no sabía nada de Helmut. Yo comencé la investigación, y en un momento determinado llegué a ti. Tú me facilitaste esa dirección y fui allí. ¿Sabes lo que encontré?

—Usted dirá —dijo secamente. No le miraba con muy buenos ojos. Incluso se había estirado de la falda hacia adelante, para cubrirse mejor.

—Me encontré con Helmut Nix convertido en un desagradable fiambre.

—¿Cómo?

—En un cadáver.

—¡No! —Se removió inquieta, y ahora no se preocupó por la

posición de la falda.

—Y aún han sucedido más cosas.

—¿Qué? —Se la notaba consternada.

—Me he quedado sin cliente.

—¿Qué quiere decir?

—Esta mañana han asesinado a tiros a la señora Lehmann.

Esta vez Greta Klewe se quedó muda de espanto.

—Y no sólo eso —agrego él—. Cuando entré en el nidito de amor, un hombre me golpeó en la cabeza, escapando. Ese hombre creo que puede ser el mismo que se entendía con Helmut.

—Y todo esto qué... ¿qué significa? —preguntó ella, trémula la voz.

—Eso es lo que me gustaría saber. La razón por la que he venido aquí era para conocer tu relación exacta con los dos muertos, y también para saber cómo tenías noticia de ese apartamento de la Pützstrasse. Ahora bien, ¿qué más cosas me puedes contar de ellos dos, de Jutta Lehmann y de Helmut Nix?

—Pues... Jutta Lehmann era la clásica señora adinerada malgastando su fortuna en desenfrenos sexuales. Era un carácter fuerte, con muy mal genio cuando se la contrariaba. Helmut Nix era un gigoló profesional. Vivía de ella por entero. Había comenzado estudiando Medicina, de ahí que viviera cerca de la Universitätskliniken, pero lo dejó. Fue una gran sorpresa para mí descubrir que también tenía relaciones homosexuales.

—¿Y él no se dio cuenta que le faltaban esas llaves?

—No; al menos no me comentó nada.

—Y las llaves llevaban la dirección de la Pützstrasse.

—Sí.

—Qué torpeza.

—Nadie es perfecto. Yo me alegro de haber descubierto eso.

—Sí, claro. Otra cosa: la señora Lehmann me dijo que Helmut Nix le había robado una sortija valorada en tres mil marcos. Por eso quería encontrarlo. Tú que los conocías a los dos, ¿te parece eso congruente? Le he estado dando vueltas últimamente y tal como se ha puesto el asunto, cada vez me parece más estúpido.

—Me extraña que Helmut le robara. ¿Por qué, si estando junto a ella podía sacarle aún mucho más? El gigoló no roba, exprime.

—En efecto. Y está claro que Helmut no huyó. No dio señales de

vida durante los últimos dos días por una sencilla explicación: estaba ya muerto.

—Entonces, ¿no lo mataron hoy?

—No. Por lo que pude observar, llevaba al menos un par de días muerto.

—¿Y no pudo ser ese hombre, el que mantenía relaciones con él?

—Pudo ser, sí. Pero entonces, ¿por qué volvió hoy al apartamento? ¿Por qué no me mató a mí también? Está todo muy confuso.

Se hizo un breve silencio entre los dos. Sus miradas se encontraron un par de veces. Ella dijo al fin:

—¿Y en qué más cree que puedo ayudarle?

—Mmm... Facilitándome alguna pista sobre Helmut Nix. Si los dos mantuvisteis relaciones íntimas durante un cierto tiempo, algo podría haberte dicho inconscientemente.

—Recordar así de repente...

—Tómate el tiempo que quieras. Ahora no tengo prisa.

—¿Y por cuenta de quién actúa en estos momentos? Jutta está muerta.

—Por la mía. El asunto ha picado mi curiosidad.

—¿No va a hablar con la policía?

—Si no es necesario, no. Me gusta trabajar solo.

—¿Por qué?

—Así toda la responsabilidad es mía. Trabajar con otros significa tener que soportar sus rarezas, sus equivocaciones. Me basta con las mías. Además, me siento mucho más libre a la hora de actuar.

—Comprendo. En fin, me pondré a pensar... aunque realmente no me hace ninguna gracia.

—¿Por qué?

—Recordar cosas pasadas, sobre todo cuando han terminado mal, no es de mi agrado. —Ya.

—Pero haré un esfuerzo por usted.

—Gracias.

—Por cierto, no habrá cenado, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Como tal vez haya para rato, ¿le parece bien acompañarme?

—Encantado. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Háblame de tú desde ahora. Mi nombre es Franz. No es justo que sólo yo te tutee.

—De acuerdo, Franz, Voy a la cocina a preparar las cosas. Entretanto trataré de recordar algo. ¿Quieres beber alguna cosa?

—Una cerveza.

—Enseguida.

Le trajo al momento una lata fresca, sacada de la nevera. Franz Bauer la abrió con gran estrépito.

Ella encendió el televisor. Un diecinueve pulgadas en color que arrojó las imágenes de un telefilme de la serie «Einsatz in Manhattan^[2]».

El detective se quedó mirando por la tele al calvo Kojak, bebiendo a ratos sorbos de cerveza.

Acabó la peliculita, una más del montón, llegó la cena... y Greta Klewe continuó sin recordar nada de importancia.

—¿No te habló de algún amigo íntimo? —le preguntó él, tratando de ayudarla.

—No.

—¿O de algún negocio importante?

—Tampoco.

—¿Y de sus clientas?

—Nada en especial.

—¿Qué?

—Me contaba cosas íntimas de ellas, en plan irónico y burlón. Le gustaba reírse de ellas.

—¿También de Jutta Lehmann?

—Sí. Era con la que más nos reíamos, por conocerla los dos. Pero... —Ella se detuvo, con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca.

—¿Qué?

—Bueno, ahora recuerdo que en una ocasión me comentó: «Esa vieja loca me ha prometido mucho». Sí, eso dijo.

—Hum. Eso puede significar que entre ellos hubiera, además de la relación sexual, algún turbio negocio. Ya lo había pensado. Pero ¿cuál?

Greta Klewe se encogió de hombros y ahí terminó la conversación por el resto de la cena. El la ayudó a retirar las cosas de la mesa.

—Hay algo más —dijo ella de pronto, en la cocina, dando media vuelta y tropezando con él.

Franz Bauer la tomó instintivamente de la cintura, por sí se caía.

—¿Qué?

—Fue el primer día que vi a Helmut. El día que lo conocí, a poco de haber entrado yo a trabajar en casa de Jutta Lehmann. Hubo una discusión entre los dos. Escuché sus gritos. El no parecía estar muy conforme con algo, pero ella le insistía. No recuerdo exactamente las palabras...

—Bien —suspiró el detective—. Eso concuerda más o menos con lo otro. Está claro que ellos dos se llevaban algo entre manos. Y ese algo podría tener relación con el nidito de amor y el misterioso hombre marica.

—Mucho me temo que todo esto de bien poco te sirva —se lamentó ella, sin desprenderse de los brazos de él—. No creo que mi ayuda te sirva para solucionar el caso.

—Por ahora es lo único que tengo —él la acercó más a sí—. Y de verdad que lo que tengo vale la pena.

Se venció ligeramente hacia adelante, besando los pulposos labios de ella. Luego, la estrechó fuertemente, haciendo más profundo, hiriente y placentero a la vez el beso. Durante varios minutos estuvieron acariciándose con sus voraces labios y al final, casi como dos sonámbulos, sin apenas darse cuenta, se dirigieron hacia el pequeño y confortable dormitorio.

Se ayudaron a desnudarse, entre caricias y suspiros. Luego se tumbaron sobre la mullida cama, entregándose a un enervante juego erótico.

—¡Schell! —gritó ella de repente, entre sus jadeos.

—¡Ya voy! —Arremetió entonces él, moviéndose sobre la mujer con gran ímpetu, acelerando el momento cumbre.

Greta Klewe quiso decirle algo más, pero ya no pudo ser. Ambos se sumergieron en otro mundo aparte, rico en sensaciones que nada tenían que ver con las cotidianas.

Cuando regresaron de aquel breve viaje, de escasos segundos, que tan sólo parece un sueño, ella murmuró:

—Schell...

—¿Cómo? —inquirió él.

—Schell. Helmut me nombró a un tal Schell.

—Entonces...

—Entendiste mal, cariño —sonrió ella^[3].

—¡Vaya!

—Pero todo fue magnífico.

—¿Y qué hay del tal Schell?

—Sólo eso. El apellido. Lo recordé porque ocurrió haciéndome el amor. Fue en la ocasión en que se comportó más violentamente. Yo diría que parecía que quisiera demostrarse a sí mismo su virilidad. Estaba como loco. Y en un momento determinado masculló: «¡Ese cerdo de Schell...!»». Yo no le pregunté. No estaba en esos momentos para hacer preguntas. Luego lo olvidé... hasta ahora.

Franz Bauer se separó de ella. Los dos quedaron tumbados boca arriba.

—Por lo que me has dicho —dijo él al cabo de un rato—, ése podría ser el apellido del misterioso marica. Creo que encaja.

—Es posible.

—Pongamos que realmente Helmut Nix no fuera un homosexual convencido, aunque sí un desaprensivo sexual. A los tipos así el dinero les mueve a muchas cosas.

—Y el dinero se lo prometió Jutta Lehmann.

—Sí, eso pienso.

—¿Para qué? ¿Para entrar en relaciones con un hombre?

—Eso parece.

—¿Por qué?

—La clave está en encontrar a ese tal Schell. Pero hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Hay tantos Schell...

—Sí.

—¿No recuerdas su nombre de pila?

—No lo dijo. Estoy segura.

—¿Ni en otra ocasión?

—No, que yo recuerde.

—Ya veremos de qué me sirve. Tendré que centrarme sobre Jutta Lehmann. Está claro que Helmut Nix sólo debía ser un empleado suyo.

—Pero si ella era la que manejaba el negocio, ¿quién los ha matado? El tal Schell parece poco probable.

—Tal vez ella tuviera un socio.

—¿Quieres que siga intentando recordar? —Se giró ella, echándose sobre él. Le besó, mimosa.

—Me encanta tu forma de recordar —sonrió él, correspondiendo a sus caricias.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, Franz Bauer se presentó en casa de la difunta Jutta Lehmann. Había tomado esa decisión dado que los datos que poseía eran mínimos. Tal vez allí, en la vivienda de la asesinada, encontrara algo relacionado con Schell. Esperaba que ya no hubiera policías y que sólo estuviera Karin.

Pero no. Se equivocó. Había más gente.

—Ésta es Hilde Buchholz —le presentó la doncella a una joven de cabello platino, vestimenta elegante, de *boutique*, y rostro un tanto hosco, aunque bello, muy bien maquillado, procurando sacarle el máximo partido—. Sobrina de la señora. Y su única heredera.

Estrechó su diestra, al tiempo que le transmitía su sentido pésame, y luego se encaró al joven.

—Dieter Schmitt —presentó a continuación Karin, con una ladina sonrisita—. Amigo de la señora.

—Ah —gruñó el detective, dándole también la mano.

—¿Qué tiene usted que ver con mi tía, señor Bauer? —preguntó la heredera, pues la doncella sólo había dado su nombre.

—Trabajaba para ella.

—Y viene a cobrar, ¿eh?

—Pues...

—Pues se va a tener que poner en la cola.

—No la entiendo.

—Mi tía estaba entrampada, amigo mío. Hasta las raíces del pelo. No hay dinero. Todo eran créditos, pagarés, así se mantenía últimamente.

—¿Así que su tía no era rica?

—Lo era. Pero la crisis económica mundial también había

afectado a su negocio, pero ella no tomó medidas y continuó despilfarrando en sus caprichos, endeudándose poco a poco. Ahora habrá que vender todo para poder pagar. ¡Menuda herencia me ha quedado! ¡Menos mal que tengo lo mío, y bien saneado!

—Hummm —quedóse pensativo Franz Bauer. ¿Cómo iba a salir del entrampamiento Jutta Lehmann? ¿Con el negocio que se llevaba con Helmut Nix? Era una posibilidad.

—Lo siento, señor Bauer.

—La verdad es que no venía a cobrar nada.

—¿Ah, no?

—Es que me olvidé decirle que... —comenzó Karin.

—Estoy interesado en el crimen de su tía —la interrumpió Franz Bauer—. Soy detective privado.

—Entonces, lamento lo dicho.

—No tiene importancia.

—Me dijo antes que trabajaba para ella. ¿En qué?

—Su tía me encargó que... —se lo pensó un instante y decidió contar la verdad a medias—, que le buscara una sortija valorada en tres mil marcos que creía le habían robado.

—¿Una sortija de tres mil marcos?

—Eso he dicho.

—No creo que mi tía, a estas alturas, tuviera algo de tanto valor. Ya lo habría vendido o empeñado.

—Pues eso es lo que me dijo. Claro que, por lo que usted cuenta, yo también comienzo a estar extrañado.

—En fin, no creo que necesite de sus servicios.

—Ya.

—La policía se ha hecho cargo de todo. Incluso tienen alguna pista.

—¿Sí?

—El comisario Müller me ha comunicado esta mañana, antes de salir de casa, que han encontrado un posible testigo del crimen. Una joven paralítica que en esos momentos estaba mirando por la ventana de su casa. Vive casi enfrente del portal donde fue asesinada mi tía. Ha declarado haber visto cómo un hombre y una mujer entraban precipitadamente en el portal, alejándose al momento el hombre y no volviendo a aparecer la mujer, de la que continuó viendo sus tobillos y zapatos, como si estuviera caída

hacia dentro del portal.

—¿Se sabe algo del hombre? —la cortó el detective, más interesado por el sujeto que por la historia.

—El comisario Müller me llamaba precisamente por eso. Tenía una somera descripción y quería preguntarme si yo conocía a alguien así.

—Así, ¿cómo?

—Uno setenta y cinco de estatura, robusto, pelo oscuro y, lo más significativo, con una cicatriz profunda en la mejilla izquierda, justo la que le pudo ver la joven paralítica, ya que sólo lo observó de perfil. Le calculó una edad mediana: unos cuarenta años.

—¿Y qué le dijo usted?

—Que no. Que no conocía a nadie así.

—Ya. —Franz Bauer quedó un tanto decepcionado. Por otro lado, ese hombre no era el misterioso marica. Así pues, podía muy bien tratarse del supuesto socio de Jutta Lehmann: ya había aparecido.

Se había hecho un breve silencio entre los cuatro. El gigoló no cesaba de mirar al detective, y no con muy buenos ojos precisamente.

—¿Le hablaste a la policía de mí? —le preguntó de repente Franz Bauer a Karin, asaltado por el temor de verse involucrado en el asunto.

—Pues... no. No salió a cuento.

—Mejor.

Fue entonces cuando se fijó más detenidamente en el gigoló. Éste desvió enseguida la mirada.

—Y tú, muchacho, ¿puedes aportar algo a todo esto?

—Yo... —balbució como si estuviera asustado—. Yo no... no sé nada.

—Tú tenías tratos íntimos con ella, ¿no?

—Sólo eso. Sólo eso. Nada más.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a ponerme a disposición de la señorita Buchholz, por si pudiera serle de utilidad en algo —forzó una sonrisa de servilismo.

Hilde Buchholz lo miró entonces más escrutadoramente. Pareció estudiarlo.

—Bien, bien —exclamó Franz Bauer, siempre pensando en el caso—. De todas formas, aunque ya no esté al servicio de nadie, me gustaría hacer una pregunta común a los tres.

Las dos mujeres y el hombre se le quedaron mirando interrogativamente.

—¿Conocen u oyeron nombrar a Jutta Lehmann a un tal señor Schell?

Franz Bauer clavó sus ojos primero en Dieter, luego en Hilde y por último en Karin. Todos negaron con la cabeza.

—¿Quién es ese señor Schell? —preguntó el gigoló.

—Eso me gustaría saber.

—¿Lo debía conocer mi tía? —preguntó ahora Hilde.

—Posiblemente.

—¿Por qué no consultamos entonces en su libreta telefónica? —sugirió Karin—. Allí tiene los nombres y teléfono de todos sus conocidos.

—¡Es una gran idea! —aprobó el detective.

La doncella sonrió halagada.

—Iré yo a por ella —se ofreció el gigoló, pero ya Karin se había puesto en movimiento. Trajo al momento la libreta, ya abierta por la letra S.

—¡Aquí está! —exclamó—. ¡Schell!

—A ver. —Franz Bauer le echó una ojeada y a continuación le pidió—: Trae el listín.

Dieter y Hilde asistieron imperturbables a la escena, aunque de vez en cuando ella le echaba algunas miraditas indescifrables. El detective abrió el listín por la letra S y, en cuanto encontró los Schell, su índice fue descendiendo por los distintos números telefónicos, hasta que uno de ellos coincidió con el apuntado por Jutta Lehmann. Memorizó la dirección y cerró el listín. Junto al apellido Schell, en la libreta telefónica, había hallado también dos nombres: Mónika y Ludwig. ¿Un matrimonio?

—Ha sido un placer conocerles —volvió a estrechar las diestras de Dieter y Hilde—. Adiós, Karin, preciosa.

Y sin más, salió del salón.

La doncella fue tras él, dispuesta a robarle al menos un beso antes de que saliera definitivamente de la casa. Pero Franz Bauer se le escapó. La mente del detective estaba pensando otras cosas más

serias.

La muchacha regresó malhumorada al salón. Con la mirada buscó a Dieter.

—¿Dónde está, señorita Buchholz?

—¿Dieter? —Karin asintió—. Ha ido a llamar por teléfono.

CAPÍTULO VIII

Era una pequeña villa en la zona residencial de Venusberg, por detrás de la Zeppelinstrasse, en la Nachtigallenweg. Franz Bauer aparcó el coche allí mismo, delante de la finca. Descendió de él y, una vez estuvo ante la verja de entrada, pulsó el timbre.

Un hombre que estaba trabajando en el cercano jardín, al otro lado de la verja, le vio.

Se acercó a él, arrastrando su renqueante pierna izquierda.

—¿Busca a alguien, amigo?

—¿Es ésta la finca de los Schell?

—Sí, señor.

—Mónika y Ludwig Schell.

—En efecto.

—¿Se encuentran en casa?

—El señor desde luego que no. Es funcionario del Ministerio de Defensa y allí estará trabajando. De la señora no puedo decirle. Yo, de todas formas, no la he visto desde que estoy aquí. Soy el jardinero.

—Mucho gusto. Mi nombre es Franz Bauer. ¿Puede abrirme?

—¿Tocó el timbre?

—Sí.

—Entonces no tardará en aparecer Úrsula, la done...

—¡Heinz! —tronó una voz femenina—. ¿Qué hace ahí?

Franz Bauer elevó la vista por encima del hombro del jardinero. Una joven y despampanante pelirroja, vestida con ropas muy ceñidas y una blanca cofia sobre el cabello de fuego, había aparecido de pronto, viniendo hacia ellos.

—¡Ya está ahí! —exclamó el jardinero.

—¡Vaya a su trabajo! —le ordenó secamente, al llegar junto a él.

—Sí, señorita.

El hombre le dirigió una disimulada sonrisa al detective e inició la retirada.

La chica le espetó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Franz Bauer.

—Oh. ¿Y a qué se dedica? ¿Vende algo en especial?

—Soy detective privado.

—¿Cómo los de las películas?

—En tono menor.

—Bien. ¿Qué quiere?

—Desearía hablar con los señores Schell. Aunque ya me ha dicho el jardinero que el señor no se encuentra en casa.

—¡Ese parlanchín...! ¿Y qué más le dijo?

—Nada más. ¿Está la señora?

Ella no le respondió. Se entretuvo en abrir la verja, franqueándole el paso.

—Venga a la casa —le dijo—. Allí hablaremos más tranquilamente.

—De acuerdo.

Ella dio media vuelta, comenzando la marcha. Él fue tras sus ondulantes caderas de ánfora. Le hizo una seña de despedida al jardinero.

Llegaron a la casa. Edificación moderna, original, de dos pisos. El interior estaba decorado a base de talonario, con mucho lujo. Cruzaron un par de habitaciones suntuosas y alcanzaron el salón-biblioteca. Allí se instalaron a una indicación de ella.

—La señora tampoco está —le dijo entonces.

—¡Vaya inconveniente!

—Pero estoy yo —le sonrió, picara.

—¿Y dónde está tu señora?

—No lo sé exactamente. Se fue esta mañana. Dijo que no vendría a almorzar, que posiblemente almorzaría en compañía de su madre.

—Ya.

—Y el señor tampoco viene a almorzar. Él nunca lo hace. Así que voy a estar toda la mañana y buena parte de la tarde sola.

—Tendrás trabajo...

—No mucho. Me has dicho que eres detective privado, ¿verdad?
—lo tuteó por primera vez.

—Sí.

—Los detectives privados siempre buscan cosas. Tú qué buscas.

—Deseaba saber si los Schell conocen a determinadas personas.

—¿Qué personas?

—No creo que tú...

—Yo conozco a todos los amigos de los Schell. A lo mejor puede serte de gran ayuda. —Muy bien. Nada se pierde. Empecemos con Helmut Nix.

—¿Helmut Nix?

—Eso he dicho.

—No, no conozco a nadie llamado así.

—Es un joven rubio, de veinticuatro años, ojos verdes, robusto...

—No me suena.

—¿Y Jutta Lehmann?

—¿Jutta Lehmann?

—¿Siempre has de repetir lo que digo?

—Quiero asegurarme bien de los nombres. Jutta Lehmann, dijiste...

—Sí.

—Hummm...

—A ésta la deben conocer los Schell. Seguro.

—¿Por qué?

—Porque ella tenía apuntado en su libreta el teléfono de los Schell.

—¿Tú conoces a Jutta Lehmann?

—La conocía.

—¿La conocías?

—Sí. La asesinaron ayer.

—¡Oh!

—Era mi cliente. Ella me encargó buscar a Helmut Nix. Este joven puede haber tenido relación con un Schell... por lo tanto pensé que...

—Creo que pensaste mal.

—¿Por qué?

—Ya recuerdo a Jutta Lehmann. Es amiga de la señora.

—¿De la señora?

—Ahora eres tú quien repite —rió—. Sí, de la señora. O mejor aún, de la madre de la señora, si no recuerdo mal. Viejas amigas las dos, sí. Por eso estaba el número telefónico en su libreta. Es el número de la hija de una buena amiga. Seguro que si hubieses buscado Boll, también lo habrías encontrado.

—¿Quién se apellida Boll?

—La madre de mi señora.

—Ah, entiendo.

—En fin, ahí tienes la explicación.

—Sí.

—Siento haber estropeado tu presentimiento.

—Aún no del todo.

—¿Hay más?

—Eres muy curiosa, ¿eh?

—Lina chica aburrida y sola, ya se sabe... —le sonrió, ingenuamente.

Justo en ese instante se coló en la estancia, por el hueco dejado por la entreabierta puerta, un perro caniche que caminó lentamente hasta colocarse entre los dos.

—¿De dónde ha salido este animal? —preguntó él.

—Es «Hardy», el perrito de la señora. Es un buen amigo. ¡Ven aquí, «Hardy»!

El caniche obedeció a la voz de la joven. Ésta lo tomó entre sus brazos.

—Bueno, ¿no querías saber algo más? —inquirió ella.

—Sí. Tengo una pregunta un tanto comprometida para ti, un tanto íntima...

—¡Me encantan las cosas íntimas! —exclamó la chica, acariciando al perrito—. ¿A ti no?

—También.

—Me alegro.

—Pero no se trata ni de tu intimidad ni de la mía.

—Oh.

—Se trata de la intimidad del señor Schell.

—¿Qué ocurre con él? —Arqueó una ceja la doncella. El perrito protestó con un corto ladrido al notar que las manos de ella se habían detenido.

—¿Es homosexual?

—¿Qué?

—Si el señor Schell es marica.

—¡Cómo te atreves a decir eso! —exclamó, como si la hubiera ofendido.

—No lo digo. Lo pregunto.

—¡Por supuesto que no!

—¿Podrías afirmarlo con toda seguridad?

—Bueno... ¡No, me parece imposible que sea un invertido!
¡Imposible!

—Entonces, eso es todo.

—¿No hay más preguntas?

—Por ahora, no. Te dejo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé muy bien. Buscaré a tus señores, posiblemente. A pesar de lo que he hablado contigo, creo conveniente cambiar impresiones con ellos.

—¡Ya!

Franz Bauer fue a levantarse. Ella le cortó el paso, el caniche aún en sus brazos.

—Oye, ¿no quieres un trago?

—No, ahora no.

—¿De verdad? El bar está abierto. Barra libre.

—No, gracias.

—Qué tipo más raro eres.

—¡Mujer...!

—Y soso.

—No creo que sea para tanto.

—Pero supongo que tendrás tus pulguitas, como «Hardy» — volvió a acariciar al perrito, arrancándole ladridos de gozo. Le miró fijamente—. ¿Qué dices?

Él se encogió de hombros.

—Huy, aún no te he dicho mi nombre.

—Úrsula.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo el jardinero.

—Oh, otra vez ese parlanchín. ¿Y qué más te dijo?

—Nada.

La doncella puso carita de pena.

—¿Me vas a dejar aquí sola, rascándole las pulguitas a «Hardy»?

Al mismo tiempo que hacía la pregunta, dejaba caer al suelo al caniche, que correteó por la estancia nerviosamente. Úrsula alargó sus brazos hacia el detective, consiguiendo enroscarlos a su cuello. Al final sus labios se encontraron, y los de ella se movieron tremendamente persuasores.

Franz Bauer no supo cómo sucedió la cosa. Cuando tuvo un poco de conciencia se encontró con aquel cuerpo joven y pletórico, desnudo y palpitante, entre sus brazos, y para entonces ya no pudo —ni quiso— dar marcha atrás.

El caniche se colocó al momento frente a ellos y comenzó a ladrar con furia, como protestando por las acometidas de que era objeto su amiga.

Ninguno de los dos le hizo el menor caso, totalmente enfrascados en sus exigencias sexuales. Al final los dos cuerpos quedaron vencidos y sudorosos sobre la gruesa y costosa alfombra, persa. La agitada respiración de ambos parecía llenar por completo el salón-biblioteca. El caniche, testigo de excepción, ahora se había tumbado sobre sus patas, apaciguado, silencioso, observándolos no se sabe si con aprobación o envidia.

El detective dijo al rato:

—Creo que necesito una ducha.

Fue a ponerse en pie y entonces ella le detuvo, echándose encima.

—Oh, vamos, no te vayas aún —protestó, cariñosa—. Esto sólo es un pequeño descanso.

—Úrsula, nena, tú vas a acabar conmigo.

—¿Tú crees?

—Yo creo —suspiró Franz Bauer.

—Cuando lo vea, me lo creeré —se removió sobre él.

—Ya es bastante, preciosa —el detective se hizo a un lado—. Tengo que hacer otras cosas. No me puedo pasar el día contigo. Dime, ¿dónde está el cuarto de baño?

—Búscalos, detective —le respondió, rencorosa.

El soltó un gruñido de fastidio, levantándose.

—¡Ven aquí, «Hardy»! —llamó la chica.

El caniche acudió presuroso. Ella lo cogió, acercándolo a su cuerpo y acariciándolo suavemente.

—¿Verdad que tú me quieres más? —le preguntó, incluso besándolo en el hocico.

Franz Bauer lanzó un bufido y salió del salón-biblioteca. No le fue difícil dar con lo que buscaba. Se duchó a gusto, usó para secarse una toalla que encontró a mano y poco después regresaba junto a la joven y el perrito.

Úrsula estaba en pie, junto al mueble-bar, preparando unas bebidas. El caniche ocupaba el lugar de ella en la alfombra, contento por el calorillo que desprendía. Franz Bauer no dijo nada, comenzando a vestirse silenciosamente.

—Al menos me aceptarás una copa de despedida —dijo al fin ella algo.

Franz Bauer terminó de ajustarse la corbata. Se colocó la chaqueta y caminó lentamente hacia donde ella se encontraba.

—Está bien —tomó la copa que le ofrecía.

—Me has defraudado, cariño —murmuró Úrsula—. Todo esto que ves —se recorrió con la mirada su propio cuerpo— aún te podía haber dado mucho más.

—Lo que he obtenido me ha dejado más que satisfecho.

—Te conformas con poco.

El alzó su copa y dijo:

—Brindo por tu belleza.

—Gracias.

Y ambos fueron a beber.

Pero sólo bebió ella.

Franz Bauer se quedó a medio camino, mirando el pequeño retrato que había sobre un estante de la monumental biblioteca. Era la foto del busto de una pareja, hombre y mujer. Se acercó más a ella y la miró con los ojos entrecerrados, con mucho detenimiento.

A la mujer no la conocía de nada, ¡pero al hombre vaya que sí!

¡Era el misterioso tipo que le había golpeado en el apartamento de la Pützstrasse!

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, arrugando su ceño—. ¿Tanto te gustan los señores? —Los señores, ¿eh?— rezongó.

—Eso he dicho. Anda mírame a mí.

—¡Me voy, encanto! —le gritó, excitado.

—¡No me puedes hacer eso!

—¡Adiós, nena!

—Pero ¿qué pasa?

—¡Toma la copa! ¡Ya te lo contaré!

—¡Pero si no has bebido!

—¡Otro día! ¡Toma!

Le tendió la copa, echando a correr acto seguido.

Úrsula estaba tan sorprendida por lo que sucedía que no llegó a atrapar la copa. Su mirada se quedó fija en la puerta por la que acababa de desaparecer el detective, mientras la copa yacía sobre la alfombra, milagrosamente indemne. Eso sí, la manchó ostensiblemente con su líquido. El caniche abandonó entonces su posición y se acercó a lamer.

La sugestiva pelirroja, toda enfadada, apuró de un trago el resto de su copa. Luego la arrojó con rabia mal contenida contra el suelo y ésta sí que se rompió en diminutos cristalitos.

Se aproximó al teléfono, descolgó el auricular y marcó un número.

—¿Sí? —le dijeron al otro lado del hilo.

—Soy Úrsula —susurró—. He fallado.

Y miraba con los ojos despidiendo chispas de furia al pobre caniche, sumido sobre la alfombra en un profundo sueño.

CAPÍTULO IX

Resultó que Ludwig Schell no trabajaba en las dependencias que el Ministerio de Defensa tiene en el centro de la ciudad, una vasta extensión de terreno situada entre la populosa Reuterstrasse y la estrecha Ermekeilstrasse. Ello quería decir que tenía que salir de la ciudad.

El estómago le hacía ruidos, pidiendo su ración de alimentos, así que hizo un alto para complacerlo. Por supuesto, ya no era la hora del almuerzo, pero más vale tarde que nunca.

Luego, enfiló su coche hacia el oeste, cruzando los barrios de Poppelsdorf y Lengsdorf, ya en el extrarradio de la ciudad. Por la Fontainengraben llegó hasta Duisdorf, y más concretamente a la zona de Hardthöhe, allí donde se levantaban las otras dependencias del Bundesminister für Verteidigung.

Haciendo uso de su licencia y de sus buenas palabras, logró salvar las medidas de seguridad y llegar hasta la salida por donde aparecían los funcionarios. Un portero amable le había confirmado la presencia de Ludwig Schell en dicho lugar.

No le fue muy difícil reconocerlo entre un grupo de cuatro hombres. Cada uno de ellos portaba un maletín y charlaban animadamente, camino del *parking*.

Ludwig Schell no se dio cuenta de la presencia del detective hasta que lo tuvo prácticamente frente a él, cortándole el paso.

—Usted... —susurró.

—¿Qué hay, señor Schell? —le sonrió Franz Bauer—. Creo que usted y yo tenemos que hablar.

Los acompañantes de Schell se habían detenido también, observando la escena, curiosos.

—Privadamente —agregó el detective—. ¿No le parece?

—Sí, sí —cabeceó. El color había huido totalmente de su rostro —. Disculpad, amigos.

—¿Ocurre algo, Ludwig? —le preguntó uno, el ceño fruncido.

—No, nada. Asuntos particulares. Hasta mañana.

Los tres compañeros de trabajo dieron por buena la respuesta y continuaron su camino. Franz Bauer y Ludwig Schell permanecieron inmóviles, mirándose fijamente.

—Al fin han dado conmigo —habló apesadumbrado el funcionario del Ministerio de Defensa—. Era de esperar... Usted llegó a verme ayer, ¿verdad?

—Sí —le siguió la corriente Franz Bauer, para ver hasta dónde llegaban.

—Pero yo... yo no maté a Helmut. Lo encontré muerto, tal como usted lo debió ver después.

—¿Y cómo puede probar eso?

—Si yo hubiera asesinado a Helmut, también lo habría hecho con usted, ¿no cree? ¿Por qué matarle a él y dejarle a usted con vida, cuando corría el riesgo de que me identificara, como así ha sido?

—Hummm...

—¡Porque yo no soy un asesino! —Le dio la respuesta inmediatamente.

—Pero yo no digo que lo matara ayer, señor Schell. Helmut Nix llevaba dos días muerto.

—¡Dos días muerto! —exclamó sorprendido.

—¿No lo sabía?

—¡No me di cuenta! ¡Entré, lo vi y fui a huir, tremendamente asustado! Entonces llamó usted a la puerta...

—Pero ¿por qué fue allí?

—Llevaba un par de días sin saber de él, la noche anterior le telefoneé a su casa y a ese apartamento. Nadie me contestó. Preocupado, decidí presentarme allí, aprovechando la hora del almuerzo. Esperaba encontrar alguna nota suya...

—Eso no es todo, señor Schell. Usted oculta cosas.

—¿A qué se refiere?

—A su relación con Helmut Nix, por ejemplo.

—Ya.

—Era una relación poco ortodoxa, por lo que he podido

averiguar. Tengo un testigo que les vio. Una chica.

—¡Oh, aquella muchacha!

—Estoy seguro que si le ve, le reconoce. Me dio una buena descripción suya.

—También él la utilizó contra mí —murmuró, hundiendo la barbilla en el pecho.

—¿Por qué no empezamos por el principio, señor Schell? Este asunto es mucho más complicado de lo que parece. Le diré, como anticipo y para que se dé cuenta de la gravedad del caso, que hay por medio dos crímenes. Dos personas conocidas de usted han muerto asesinadas.

—¿Cómo? ¿Quién es la otra? —Levantó la mirada.

—Jutta Lehmann.

—¿Jutta Lehmann? —Parpadeó, sorprendido.

—No me diga que no la conoce.

—Sí, sí la conozco. No mucho, pero la conozco. Es una buena amiga de mi suegra. También tiene alguna amistad con mi mujer. ¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Jutta Lehmann gustaba de tener gigolós a su alrededor. Helmut Nix era uno de ellos.

—¡Oh!

—Mire, señor Schell, no sé exactamente cuál es el asunto, pero algo barrunto. Por tanto, en vez de hacer conjeturas, me gustaría saber la historia, la verdadera historia, de sus propios labios. Voy a ser sincero con usted, porque imagino que debe encontrarse en un gran aprieto. Creo que me ha tomado por un policía. Pues bien: no lo soy. Sólo llego a detective privado.

—¡Detective privado!

—Eso es. Pero déjeme acabar. Yo andaba buscando a Helmut Nix por orden de Jutta Lehmann. Lo encontré cuando usted. Pero al mismo tiempo perdí a mi clienta porque un tipo le pegó dos tiros en la nuca.

—¡Yo no la he matado! ¡Apenas la conocía!

—Aún no he terminado. Seguí con el caso y llegué a la conclusión que los dos asesinados se llevaban un negocio entre manos. ¿Cuál? No lo sé exactamente. Pero eso sí, apareció la relación homosexual entre Helmut Nix, un gigoló que vivía de las señoras ricas y ninfómanas, y usted. Una relación, por tanto, rara, si

me permite la expresión. Helmut Nix no encaja con usted. Así pues, pienso que usted es la clave del asunto.

—¿Yo no sé nada de los crímenes! ¡Yo no soy un asesino!

—No pierda los nervios, señor Schell. No le estoy acusando de asesinato. Es más, tengo la casi seguridad de que usted no es culpable. La descripción del asesino, al menos del asesino de Jutta Lehmann, no coincide con la suya. Pero ahora vayamos con la historia. La verdadera historia. Tal vez pudiera ayudarle.

—¿Sería capaz? —Ludwig Schell levantó la vista para mirarle con una luz de esperanza en sus ojos color café.

—Si eso es posible y está en mis manos...

—Le pagaría lo que quisiera.

—Y si realmente no tiene nada que ver con los asesinatos...

—¡Desde luego que no!

—Primero la historia. Luego nos pondremos de acuerdo.

—Está bien. Pero vayamos hacia mi coche. Aquí quietos vamos a acabar por llamar la atención.

Franz Bauer estuvo conforme y los dos echaron a andar hacia el *parking*. Subieron al «Volvo» de Ludwig Schell y fue entonces cuando éste habló:

—La verdad es que no sé por dónde empezar. ¿Por mi matrimonio? ¿Por Helmut Nix?

—Empiece por el principio.

—El principio... Bien, el principio podía ser mi bisexualidad. Es algo que practico desde la edad escolar... Pero en fin, esto importa poco para este asunto. Lo cierto es que igual hallaba satisfacción con un hombre que con una mujer. Y al final encontré a Mónica Boll. La quería, la quiero, pero sabía, por nuestras conversaciones, que a ella le repugnaba la homosexualidad, así que le oculté lo mío. Siempre lo he procurado tener tenazmente oculto. Y un día apareció en mi vida Helmut Nix.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de dos meses.

—¿Le cobraba?

—¿Cobrarle? No. Jamás he tenido relaciones con tipos que practican la prostitución.

—Helmut Nix era uno de esos tipos.

—Lo sé. Me di cuenta demasiado tarde.

—Chantaje, ¿verdad?

—Más o menos. Alquilé aquel apartamento a su nombre para podernos ver con tranquilidad. Un día me habló de mi trabajo en el Ministerio de Defensa. Dentro del rango de funcionarios, yo ocupo un alto cargo. Me preguntó acerca de mi acceso a secretos militares. Yo no le hice caso, pero él, poco a poco, fue insistiendo. Y cuando vio que yo no picaba, ni siquiera por dinero (llegó a ofrecerme una parte), sacó a relucir nuestras relaciones. Dijo que lo haría público, que incluso tenía un testigo, la chica que nos sorprendió...

—A esa chica la utilizó sin que ella lo supiera, ahora lo veo claro. Era listo. ¿Y qué más?

—Cedí.

—Ajá.

—Lo hice sobre todo por Mónica. No podía consentir que lo supiera.

—Pero aquí cabe otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que usted lo matara para cerrarle la boca.

—¡No! ¡Habíamos quedado...!

—Lo sé, lo sé. Pero es una posibilidad, no me lo niegue. Tengo que estudiar el asunto desde todos los puntos posibles.

—Por lo poco que observé, Helmut fue torturado. Y el apartamento había sido registrado violentamente. ¿Por qué iba a hacer yo todo eso?

—Es algo que ya me estaba preguntando. Y es evidente que el asesino buscaba alguna cosa.

—¡Los documentos!

—¿Se los había dado ya a Helmut?

—Sí. Justo el mismo día que según usted fue muerto.

—Interesante.

—Eran documentos microfotografiados. Iban en un sobrecito de sellos, entre varios sellos.

—Bien, señor Schell. Sólo resta una pregunta: ¿quién más estaba en el asunto?

—No lo sé.

—Piense.

—Ni idea. Sólo tenía conocimiento de Helmut.

—¿No sabía nada de Jutta Lehmann?

—En absoluto.

—Tendré que localizar al hombre de la cicatriz.

—¿El hombre de la cicatriz?

—Sí, eso me informaron. El hombre que asesinó a Jutta Lehmann tenía una cicatriz en la mejilla izquierda. ¿Lo conoce? ¿Conoce a alguien así?

—Hace algún tiempo observé que me seguía un hombre. Un hombre con una cicatriz en la mejilla. Siempre me fijo en los hombres que me rodean.

—Vaya, vaya.

—Pero al poco dejé de verle.

—Si es el mismo tipo, eso quiere decir que andaba ya tras usted. Pero hay algo en todo esto que no cuadra y en lo que estoy pensando en los últimos minutos.

—¿Qué?

—Se trata de lo siguiente: Helmut Nix era un gigoló profesional para mujeres. Se unió a usted, un hombre, sin pedirle honorarios. Así que rompió con dos de sus constantes. Por tanto, para mí está claro que ya tramaba el chantaje. Ahora bien, ¿cómo sabía Helmut Nix que usted era un homosexual?

—Pues no sé. Nos conocimos de una forma circunstancial.

—Eso es lo que a usted le pareció. Pero seguro que no fue así.

—Claro.

—Pero sigamos con lo que quiero exponerle. Hay un punto de unión entre usted y Helmut Nix: Jutta Lehmann. Jutta Lehmann era cliente de Helmut Nix y amiga de su suegra y de su esposa. Jutta Lehmann estaba endeudada y necesitaba urgentemente dinero para poder seguir con su vida de mujer caprichosa y perversa. Jutta Lehmann me encargó buscar a Helmut Nix porque estaba tan nerviosa como usted, sin saber nada de él. Y por último, Jutta Lehmann debía conocer con toda seguridad su profesión: alto funcionario en el Ministerio de Defensa.

—Quiere decir que...

—Que todo pudo ser idea de Jutta Lehmann. No creo que Helmut Nix fuera el cerebro gris. Era un simple empleado de ella. Jutta Lehmann, por otro lado, dado su alto nivel social, debía tener buenos contactos y seguro que ya sabría cómo convertir en dinero esos documentos microfotografiados. Y lo planeó todo...

—Pero eso equivale a decir que ella sabía de mi otra inclinación.

—Más o menos.

—¡Imposible!

—Pues tiene que ser así.

—¿Y quién es el hombre de la cicatriz?

—No lo sé exactamente. Posiblemente algún colaborador de ella, que ha querido hacer el negocio por su cuenta.

—Y tal vez lo haya ya hecho. Si Helmut no aguantó la tortura...

—En fin, habrá que comprobar todo esto.

—¿Cómo?

—Hablando con su mujer y su suegra.

—¿Está sugiriendo que...?

—No se me ocurre otra cosa.

—¡Oh, no! ¡Ellas no pueden saberlo!

—Es la única forma de que se enterara Jutta Lehmann.

—¡No, no, no!

—Acéptelo, señor Schell.

—Pero entonces, todo lo que he hecho...

—Fue por nada. Su esposa ya lo debía saber.

Ludwig Schell se llevó las manos al rostro.

—Es el peligro de no hablar claro —agregó el detective—. Ni usted ni ella. Falta de comunicación, lo llaman los entendidos.

—¡No! —gritó, derrumbándose sobre el volante.

—¿Dónde puedo encontrarlas? —preguntó impasible Franz Bauer—. En su finca no se hallaban. Su doncella me comentó que su esposa iba a reunirse con su madre.

—Es cierto.

—¿Dónde vive su suegra?

Le dio la dirección.

El detective tomó nota mental de ella y abrió la portezuela de su lado.

—Adiós, señor Schell.

—¡Espere!

El funcionario le miraba con ojos enrojecidos.

—¿Qué va a ser de mí? —preguntó angustiado.

—Ya veremos qué puedo hacer.

—Si lograra recuperar esos documentos microfotografiados, yo le pagaría lo que quisiese. Podríamos así evitar que se supiera lo

ocurrido.

—Eso que dice es muy difícil.

—¡Por favor...!

—Volveremos a hablar, señor Schell.

El detective descendió del coche y se alejó con paso rápido.

CAPÍTULO X

No hubo suerte.

En la dirección facilitada por Ludwig Schell sólo halló a una amable doncella —pero con cincuenta años de edad y tipo ballenarío— que le informó que la señora Boíl y su hija hacía rato que se habían marchado.

—¿A dónde? —preguntó el detective.

—Al cementerio.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Al cementerio. Resulta que se ha muerto una buena amiga de la señora...

—¿Jutta Lehmann?

—Exacto, señor.

—¿A qué cementerio?

Era el Neuer Friedhof, situado al norte de Beuel, al otro lado del río, ya fuera del casco urbano de la ciudad. Aparcando el coche, Franz Bauer se acordó de Greta Klewe, que no vivía muy lejos de allí.

Cuando él llegó, el entierro había finalizado. Encontró al trío formado por Hilde, Karin y Dieter, a los que saludó. El gigoló le preguntó acerca de sus investigaciones y él le esquivó con palabras vacías. Dieter se le quedó mirando con muy mal ojo.

Franz Bauer buscó a las dos mujeres que le interesaban, entre aquella gente heterogénea, ruidosa y muy engalanada. Desde luego, nadie lloraba.

Conocía a Mónica Schell por la foto que había visto en el salón-biblioteca de su finca. Y al final dio con ella.

Era rubia, bonita, de cuerpo llenito pero bien proporcionado. Frisaba los treinta años de edad y estaba en su justo punto, como

hubiera dicho un gastrónomo. Iba acompañada por una mujer de unos cincuenta y pico años, con cierto parecido a ella, no mal conservada, bien vestida y mejor maquillada.

—¿Señora Schell? —Se acercó a ellas preguntando.

—Yo soy —asintió Mónica.

—Me llamo Franz Bauer y soy detective privado. Estaba contratado por la señora Lehmann. En la actualidad estoy investigando un oscuro asunto que mucho me temo tiene que ver con usted... o ustedes.

—No le entendemos, señor Bauer.

—Vayamos caminando hacia la salida, por favor —indicó él—. Les explicaré...

Poco a poco, midiendo muy bien a sus palabras, el detective las fue poniendo en antecedentes.

—Ni soy un moralista ni me suelo meter a arreglar matrimonios, pero creo que todo esto ha venido por una falta de confianza y comunicación entre ustedes dos —finalizó Franz Bauer, gravemente—. Él no le quiso hablar de su otra sexualidad. Usted, cuando lo supo, no sé de qué manera, no afrontó el problema con él; calló. Ahora quiero saber el cómo y el porqué.

Se hizo un breve silencio. Los tres se habían detenido junto al portón de entrada. La señora Boll había compuesto una mueca de preocupación. Su hija, lloraba silenciosamente.

—Yo... yo había comenzado a observar un comportamiento extraño en Ludwig —confesó Mónica Schell, sacando un pañuelo del bolso para limpiarse las lágrimas—. Contraté un detective privado para que lo vigilara, y así supe que se veía con hombres. Quedé horrorizada, sin saber qué hacer, sin poder reaccionar. Y así estoy —rompió ahora en un llanto más escandaloso.

Franz Bauer respetó sus lágrimas, guardando silencio durante un corto espacio de tiempo. La madre trató de consolarla.

—¿Y con quién lo comentó? —Volvió a la carga el detective, poco después, cuando la vio más recuperada.

—Con nadie.

—¿Segura?

—Bueno, sólo con...

—¿Con quién, señora Schell?

—Con... mamá —ella y Franz Bauer se quedaron mirando a la

señora Boll—. Mamá... —agregó balbuceando—. Mamá... ¿no se lo dirías tú a Jutta?

La señora de edad no respondió. Cogía fuertemente por un brazo a su hija. Su rostro era todo un poema: pálido, impregnado de amargura.

—¿Fue usted? —insistió el detective.

—Sí —reconoció al fin.

—¡Mamá!

—Lo siento, hija. Cuando me di cuenta, ya lo había dicho, Lo siento de veras. Jutta siempre fue una gran amiga mía. ¿Por qué había de temer algo malo de ella...?

—Mamá...

—¡Quién iba a pensar que fuera a originar todo esto! —Siguió excusándose y lamentándose la señora Boll.

—Pero lo ha originado —afirmó Franz Bauer, duramente—. Jutta Lehmann supo por usted de la... debilidad de su yerno y a eso le sumó su profesión. También hay que agregar el mal momento económico que atravesaba. Pensó en la venta de los documentos militares y para ello se valió de uno de sus gigolós: Helmut Nix, al que debió convencer prometiéndole una generosa cantidad de dinero.

Las dos mujeres parecían abatidas por el mismo rayo. Se abrazaban entre sí como buscando protección la una en la otra.

—Pero... pero los dos han muerto —habló Mónica Schell—. ¿Quién los ha matado? Mi marido no...

—No, no pienso en su marido.

—¿Entonces...?

—En un intruso que se ha hecho con el negocio planeado por Jutta Lehmann.

—¿Quién?

En aquel instante el joven Dieter Schmitt ya se había desprendido de la compañía de Karin y Hilde. Pasó muy cerca de los tres, saludando al detective.

—¡Adiós! —Le correspondió Franz Bauer. Luego volvió a mirar a las dos mujeres y respondió a la pregunta de Mónica Schell—. Un hombre con una cicatriz en la mejilla izquierda, según mis sospechas.

—¡Oh! —exclamó la esposa del funcionario, palideciendo su

rostro aún más, si eso era posible.

—¿Qué ocurre? ¿Le conoce?

—El detective privado que yo contraté... tenía una cicatriz en la mejilla izquierda.

CAPÍTULO XI

Estaba bastante claro.

Mónika Schell había contratado a Walter Hoffmann, detective privado, para que vigilara el comportamiento extraño de su esposo. Walter Hoffmann descubrió la homosexualidad de Ludwig Schell (de ahí que éste observara al hombre de la cicatriz vigilándole), se lo comunicó a su mujer y cobró el trabajo.

Pero ahí no terminó la cosa. El tipo debía haber oído algo raro en el lío Schell-Nix y lo había resuelto a la tremenda; torturando al gigoló hasta sacarle lo que sabía, posiblemente después de registrar el apartamento y no encontrar nada, logrando apoderarse de los documentos microfotografiados y liquidando a la señora Lehmann para poder cerrar él sólo el negocio, sin interferencias molestas. Pero, cerrar el negocio, ¿con quién? ¿Con el contacto de la señora Lehmann? ¿Con uno propio? Y lo más grave: ¿había entregado ya los documentos microfotografiados?

Pero lo cierto es que ya se encontraba cerca de la resolución final. Aparcó su coche en un lugar vacío de la Luisenstrasse, cerca del cruce con la Graf-Galen Strasse. Daba la casualidad que muy cerca de allí, al otro lado de la Reuterstrasse, se encontraba una de las sedes del Ministerio de Defensa.

Franz Bauer descendió de su vehículo y caminó hacia el domicilio-despacho de Walter Hoffmann que le había facilitado la señora Schell.

Dos coches más atrás se detuvo un «Mercedes Benz 300», del que salió Dieter Schmitt, el gigoló. Cruzó la acera corriendo y se dirigió hacia un «BMW» aparcado justo enfrente del edificio donde vivía Walter Hoffman. Dos hombres había en el interior. Dieter Schmitt asomó la cabeza por la ventanilla del conductor.

—Ese tipo está dispuesto a jodernos el asunto —masculló—. Ni lo hemos podido frenar ni se ha equivocado en sus pesquisas. ¡Maldito sea!

—¿Qué hacemos? —preguntó el del volante.

—¿Está arriba Hoffmann?

—¡Ahí sale! —exclamó el otro.

—¡No se han encontrado! —suspiró aliviado y sonriente Dieter Schmitt—. ¡Esto es un milagro!

Desde luego, no era un milagro.

En el edificio había dos ascensores, y mientras Franz Bauer subía en uno, Walter Hoffman bajaba en el otro. Franz Bauer llamó una y otra vez a la puerta, insistentemente, pues el portero le había asegurado que Hoffmann se encontraba en casa, pero no halló respuesta. Bajó un poco molesto. El portero le salió al encuentro inmediatamente, dándole explicaciones.

—Lo siento, señor. Mientras usted subía, el señor Hoffmann bajaba. ¡Quién lo iba a saber! Le dije al señor Hoffmann que tenía una visita, pero me contestó que llevaba mucha prisa y no podía atenderle. Me encargó que le tomara recado...

—¡Se ha ido...! —exclamó furioso—. ¿Sabe usted cuál es su coche?

Se lo dijo, y Franz Bauer salió como una bala.

—¡Y ahí va el sabihondo! —gritó el conductor del «BMW».

Franz Bauer miraba a todos lados, desesperado. Al final vio cómo un «Volkswagen» salía de un aparcamiento, encaminándose Luisenstrasse hacia arriba. ¡Era Hoffmann!

Corrió hacia atrás, hacia su coche.

—¡Condenado hijo de puta! —barbotó Dieter Schmitt—. ¡Lo va a estropear! ¡Vamos, chicos, actuad y no falléis como los demás!

Franz Bauer arrancó como un cohete. El enorme «BMW» se cruzó de pronto en su camino, a la altura de la perpendicular Geisslerstrasse. El detective lo vio a tiempo, girando locamente el volante hacia su derecha. Justo en ese lado no había coches aparcados porque se trataba de una parada del autobús de la línea 33. Las cuatro personas que allí le esperaban chillaron horrorizadas al ver el «Opel Kadett» que se les venía encima. Franz Bauer las esquivó como pudo, viéndolas saltar como gatos enloquecidos, se subió a la acera durante unos instantes y luego regresó a la calzada,

entre una zarabanda de bocinas y gritos de locura, dejando atrás el último obstáculo, con un Dieter Schmitt que miraba al suelo, derrotado. Sólo le quedaba rezar. Pero en eso no creía mucho.

El día moría ya y Franz Bauer encendió las luces de posición. Había logrado ver doblar a la izquierda el coche de Walter Hoffmann, tomando la Argelanderstrasse. Casi lo alcanzó en el cruce de ésta con la Sternenburgstrasse, por donde giró, continuando hacia el norte, para luego virar a la izquierda por la Clemens August Strasse y casi inmediatamente a la derecha por la Wallfahrtsweg. Franz Bauer se mantuvo a una prudencial distancia y al rato alcanzaron el castillo de Kreuzberg. El vehículo de Hoffmann aminoró la marcha y dio un par de pasadas por los oscuros alrededores. Al final se detuvo, como si aguardara a alguien.

Franz Bauer decidió aparcar junto a una esquina, apagando las luces y el motor. Prefirió esperar a ver qué sucedía.

No tardó en hallar satisfecha su curiosidad. Apareció un «Mercedes Benz 600», que hizo más o menos lo mismo que Walter Hoffman: dar un par de vueltas por los contornos. Luego pasó junto al «Volkswagen» y se detuvo delante de él. Ambos conductores bajaron de sus respectivos automóviles, dejando los motores en marcha.

Klaus Wicki, el hombre del abrigo de precio, y Walter Hoffmann, el hombre de la cicatriz en la mejilla izquierda, se encontraron por fin cara a cara. Cada uno de ellos sacó algo del bolsillo.

Franz Bauer ya no esperó más. Imaginó lo que estaba sucediendo. Había llegado su momento y, desde luego, era de lo más oportuno. Posiblemente no fuera demasiado tarde para evitar que los documentos microfotografiados pasaran a manos de los enemigos. Salió del coche y corrió hacia ellos.

—¡Alto!

Su grito puso alerta a los dos hombres, aunque éstos ya habían escuchado sus rápidas pisadas. El primero en reaccionar fue el hombre del abrigo de precio: arrebató el sobre al otro y con la mano libre sacó una pistola. Disparó a quemarropa, chillando:

—¡Traidor!

A continuación hizo fuego contra Franz Bauer, quien tuvo que arrojar en plongeón sobre el suelo, para burlar las balas. Walter

Hoffman, para ese entonces, ya caía herido mortalmente.

Franz Bauer sacó su hasta entonces inactiva pistola del bolsillo de su chaqueta. No era amigo de la violencia ni de las armas de fuego. Pero en esta jungla llamada sociedad civilizada había veces que uno no se podía andar con chiquitas. Éste era uno de esos casos.

Klaus Wicki disparó un par de veces más, para cubrirse, y entonces se subió rápidamente a su coche. Arrancó el momento.

Franz Bauer salió de su parapeto ocasional y, juntando ambas manos con el revólver empuñado, apretó el gatillo una, dos, tres, hasta seis veces.

Fueron disparos de campeón.

El cristal posterior del «Mercedes Benz 600» saltó hecho añicos, las ruedas traseras reventaron estrepitosamente, el coche comenzó a zigzaguear peligrosamente. El conductor, herido de gravedad en la cabeza, perdió por completo el control. El automóvil se salió de la Stationweg y, como un loco monstruo de hierro, se lanzó sobre el castillo. Todo terminó con una violenta explosión, cuando encontró en su camino una mole granítica que ya no pudo vencer. Buena parte del castillo se vio iluminado durante unos breves segundos fantasmagóricamente, como en noche de aquelarre, y luego sólo quedó el rojo resplandor de las llamas y el alegre chisporroteo de los hierros retorcidos.

Franz Bauer supo que ya nada tenía que hacer allí. Los dos hombres estaban muertos y los documentos microfotografiados, destruidos. Ahora podría hablar con Ludwig Schell y tranquilizarle. Oyó una sirena y aparecieron los primeros curiosos, corriendo hacia el lugar del incendio.

Pudo alejarse rápidamente en su coche, sin ser molestado.

CAPÍTULO XII

Los que habían intentado frenarle se hallaban reunidos en un confortable despacho de la BKA, en el número uno de la Friedrich Ebert Strasse, en Bad Godesberg^[4].

Todos ellos se encontraban formando una larga fila horizontal, delante de la cual se paseaba arriba y abajo un hombre gordo y elegante, de mirada fría.

—¡Son todos ustedes unos mierdas! —barbotó de pronto, deteniéndose en sus constantes paseos—. Una de nuestras misiones es la vigilancia de los funcionarios cuando éstos presentan conductas extrañas. Descubrimos la doble vida de Ludwig Schell. Incluso colocamos a usted, Úrsula Kahl, como doncella suya, para tenerlo mejor vigilado. Descubrimos sus relaciones con el gigoló profesional Helmut Nix, y enseguida nos mosqueamos porque Helmut Nix era un tipo que sólo se dedicaba a las mujeres y además siempre cobraba. Por otro lado, Schell comenzó a mostrar un desusado interés en su departamento por los altos secretos militares. Descubrimos a esa vieja perversa y arruinada de Jutta Lehmann y colocamos a usted, Dieter Schmitt, como vigilante suyo, utilizándolo de gigoló. Nos fue fácil averiguar su juego y decidimos ser más listos que ellos. Yo lo planeé todo: colocar a mano de Schell documentos falsos y dejar seguir su curso el asunto. Así tendríamos engañado durante un tiempo al enemigo... Pero de pronto, sin esperarlo, surge un ambicioso detective privado, Walter Hoffmann, que liquida a Helmut Nix, arrebatándole los documentos microfotografiados. Bien, nos hicimos los locos y dejamos que él continuara el juego. Nos era igual con tal de que esos documentos falsos llegaran a manos del enemigo... Pero otra vez, inesperadamente, surge otro detective privado, éste ambicioso de

una forma distinta, en plan héroe solitario, el muy hijo de perra. Por supuesto, no íbamos a matarlo, no entra dentro de nuestro código, ni tampoco encontraría suficiente justificación ante los altos cargos. Si algún sagaz periodista descubría un pastel así, podría originar un nuevo «Watergate». Por tanto, decidimos frenarlo. Primero recurrí a ustedes dos, matones de pacotilla, que fueron incapaces de dejarlo lisiado para un par de días, que era el tiempo que más o menos necesitábamos. Luego fallaron ustedes dos, que sólo deben servir para atropellar ancianas. El muy maldito, por otra parte, sin darse cuenta, resultaba bastante escurridizo. Dieter le pasó aviso a usted, Úrsula, cuando supo a dónde se dirigía. Úrsula Kahl, nuestra chica sexy... ¿De qué coño le sirven esas dos fabulosas tetas? Y por último, ustedes, geniales organizadores de un monumental atasco en la Luisnestrasse. Ah, y me olvidaba en este caso. ¿Se lo ha pasado bien jodiendo por ahí, mientras a mí me jodían el plan?

—Jefe, yo...

—¡Cállese!

—Sí, jefe.

—¡Aquí sólo hablo yo! —soltó un bufido—. Y lo que más me joroba de este asunto es que no vamos a poder echarle a nadie el guante, sería descubrir nuestro propio pastel. Así que todo se disimulará adecuadamente. La policía ya tiene instrucciones al respecto. Todo quedará como un caso policíaco más, con sus crímenes pasionales, y será archivado y olvidado. Schell continuará en su puesto como si nada hubiera ocurrido, creyendo que nadie sabe nada. Y Franz Bauer seguirá pensando que es un tío fenomenal que ha librado a su país de una catástrofe, pero que no puede hablar porque no tiene pruebas tangibles y por otro lado comprometería al matrimonio Schell, que le ha pasado, según mis últimos informes, un suculento cheque al portador. El matrimonio Schell seguirá también adelante, disimulando como puedan todo cuanto ha ocurrido entre ellos, para no dar un escándalo dentro del alto mundillo social en que se mueven, como otros muchos matrimonios. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Dieter Schmitt se atrevió a dar un paso al frente, rompiendo la línea. Carraspeó y compuso un rostro plagado de gravedad.

—Señor —dijo respetuosamente—, quiero decirle, en nombre

propio y de mis compañeros, que lamentamos tremendamente lo ocurrido.

—Yo quiero decirles también —replicó el gordo y elegante hombre de mirada fría—, en nombre propio y del ascenso que ya no me llegará, que me cago en la puta madre de todos ustedes.

Nadie parpadeó.

Eran las ocho de la noche de un día cualquiera.

—Hola.

—Hola.

—¿Llego a tiempo para la cena?

—Pasa.

Entró.

—¿Todo resuelto?

—Sí.

—¿Y qué?

—No me siento feliz.

—¿Por qué?

—Porque cuando un asunto acaba con sangre y muerte, y además con algunos puntos nada claros, que aún se oscurecen más al leer la nota oficial de la policía con respecto a las muertes de todos los implicados, no es para sentirse feliz.

—¿Y cuándo te sientes feliz?

—Cuando hago el amor.

—¿Es eso una insinuación?

—Sí.

—Entonces, eres un hipócrita.

—¿Por qué?

—No has venido realmente a cenar.

—He venido a cenar... después.

—Eres un pillo, pues.

—Nunca dije que no lo fuera.

—Pero me gustas.

—Tú también, por eso estoy de nuevo aquí. De las últimas experiencias que he tenido, la tuya fue la más reconfortante.

—¡Oh!

—Creo que estamos hablando demasiado, ¿no crees?

Ella le contestó desabrochándose el nudo del batín. Dejó la prenda resbalar por sus hombros y brazos, hasta que cayó al suelo.

Avanzó hacia él, con todo su pletórico cuerpo desnudo, enroscándole los brazos al cuello.

—Mi experiencia contigo también fue la más reconfortante —le besó con suavidad, pegando su cuerpo al suyo—. Y espero que en esta ocasión no te hagas un lío con las marchas —rió brevemente.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.

Notas

[1] Congreso de Diputados. Y la novela transcurre en Bonn, por supuesto, la capital de la República Federal Alemana. < <

[2] Ese es el título que recibe la serie «Kojak» en Alemania. < <

[3] En alemán, «rápido» se dice «schell». De ahí la confusión del protagonista. < <

[4] Bundeskriminalamt: Oficina Criminal Federal. < <